

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 11

CONVERSIÓN

*“Así que, arrepentíos y convertíos,
para que sean borrados
vuestros pecados”.*

Hechos 3:19

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida.”*

Portavoz de la Gracia

11

Conversión

Contenido

Un cambio radical.....	3
<i>Charles Spurgeon (1834-1892)</i>	
Significado, causas y objetos de la conversión	11
<i>John Gill (1697-1771)</i>	
Conversión temporal, falsa y verdadera	20
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
Convicción y conversión.....	29
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Arrepentimiento y conversión.....	32
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Fe y conversión.....	38
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Siete cosas para considerar.....	44
<i>A. W. Pink (1886-1952)</i>	
¿Cree usted que se ha convertido?	45
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2014 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 USA

chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

UN CAMBIO RADICAL

Charles Spurgeon (1834-1892)

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

El tema de mi disertación será como sigue: según nuestro texto y muchos otros pasajes, es necesario un gran cambio en todo aquel que ha de ser salvo... y este cambio se reconoce por señales inequívocas.

PARA OBTENER SALVACIÓN ES NECESARIO UN CAMBIO RADICAL. Este cambio es total y radical y sucede en la naturaleza, el corazón y la vida del converso. La naturaleza humana es la misma en todos los tiempos, y sería inútil tratar tergiversar las citas bíblicas diciendo que se refieren a los judíos o a los paganos, porque si empezáramos a hacerlo ya no nos quedaría nada de la Biblia. La Biblia es para la humanidad, y nuestro texto se refiere a cualquiera, de cualquier país y de cualquier edad: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

Damos prueba de este punto recordándoles primero que, en las Escrituras, los hombres están divididos en dos clases, con una línea divisoria muy marcada entre ellas. Lean los Evangelios, y encontrarán que continuamente se hace mención de ovejas perdidas y ovejas encontradas, invitados rechazando la invitación e invitados disfrutando a la mesa, las vírgenes sabias y las necias, las ovejas y los cabritos. En las epístolas leemos de aquellos que están “muertos en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1), y de otros a quienes se les dice: “Y él os dio vida a vosotros” (Ef. 2:1); de modo que algunos están vivos para Dios y otros están en su estado natural de muerte espiritual. Encontramos hombres de los cuales se dice que están en las tinieblas o en la luz, y vemos la frase que se refiere a ser llamado “de las tinieblas a su luz admirable” (1 Ped. 2:9). De algunos se dice que antes eran extranjeros y extraños que han sido hechos ciudadanos y hermanos. Leemos de “hijos de Dios” en oposición a “hijos de ira”. Leemos de los que se han “descarriado” y los que han “vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas” (1 Ped. 2:25). Leemos de los que “viven según la carne” y “no pueden agradar a Dios” (Rom. 8:8), y los que son escogidos y llamados y justificados, y a quienes todo el universo es retado a censurar. El Apóstol habla de “los que se

salvan” (1 Cor. 1:18), como si hubiera algunos salvos mientras que “la ira de Dios” está en otros” (Juan 3:36). Los “enemigos” son continuamente colocados en contraste con aquellos que han sido “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom. 5:10). Están aquellos que eran “extraños y enemigos..., haciendo malas obras” (Ef. 2:12; Col. 1:21), y aquellos que “han sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Ef. 2:13). Yo podría seguir con esto hasta el cansancio. La distinción entre las dos clases se encuentra en las Escrituras de principio a fin, y nunca se encuentra ni siquiera una insinuación de que algunos son naturalmente buenos y no necesitan ser removidos de una clase y puestos en la otra, y no hay nadie entremedio de ambas que se pueden dar el lujo de quedarse como están. No, tiene que haber una obra divina, que nos hace nuevas criaturas y que causa que todas las cosas sean hechas nuevas en nosotros; de otra manera moriremos en nuestros pecados.

La Palabra de Dios, además de describir continuamente las dos clases, muy a menudo y con expresiones fuertes habla del cambio interior por el cual los hombres son traídos de un estado al otro. Espero no cansarlos si les cito una considerable cantidad de pasajes, pero lo mejor es ir de una vez a la fuente.

Este cambio es descrito muchas veces como *un nacimiento*. Vea el capítulo tres del Evangelio de Juan, que es maravillosamente claro y directo en este punto: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Este nacimiento no es un nacimiento por bautismo, pues dice que va acompañado de una fe inteligente que recibe al Señor Jesús. Vea Juan 1:12-13: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. De modo que los creyentes son “nacidos de nuevo” y reciben a Cristo por fe: una regeneración impartida en la infancia y que permanece latente en los no creyentes es una ficción desconocida en las Sagradas Escrituras. En el tercer capítulo de Juan, nuestro Señor asocia la fe y la regeneración del modo más íntimo, declarando no solo que tenemos que nacer de nuevo, sino también que todo aquel que cree en él no perecerá, mas tendrá vida eterna. Tenemos que sufrir un cambio tan grande como si volviéramos a nuestra inexistencia original y pudiéramos entonces surgir como nuevos de la mano del Gran Creador. Juan nos dice en su primera epístola, 5:4, que “todo lo que es nacido de Dios vence al mundo” y agrega, para mostrar que el nuevo nacimiento y la fe van juntos: “esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”. El mismo propósito tiene 1 Juan 5:1: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”. Donde hay una fe auténtica, hay un nuevo

nacimiento; y ese término implica un cambio sin medida, completo y radical.

En otros lugares este cambio se describe como *dar vida*. “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Ef. 2:1). Dice la Biblia que somos resucitados de los muertos juntamente con Cristo, y esto se describe como una demostración muy maravillosa de omnipotencia. Leemos de la “grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (Ef. 1:19, 20). La regeneración es propiamente un prodigio de la fuerza divina, y de ninguna manera un mero producto de la fantasía para acompañar las ceremonias religiosas.

Encontramos que a menudo se describe como una *creación*, como por ejemplo en el versículo: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es”. Y esto tampoco es una mera formalidad o parte de un rito, porque leemos en Gálatas 6:15: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación”. Ningún rito externo, aunque sea ordenado por Dios mismo, efectúa un cambio en el corazón del hombre. Tiene que suceder que la mano divina vuelva a crear toda la naturaleza; tenemos que ser “creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Ef. 2:10), y tenemos que tener en nosotros al “nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24). ¡Qué cambio maravilloso tiene que ser el que primero se describe como un nacimiento, luego como una resurrección de entre los muertos y luego como una creación absoluta!

Pablo, en Colosenses 1:13 habla también de Dios el Padre y dice: “El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”. Juan lo llama un pasar “de muerte a vida” (1 Juan 3:14), sin duda pensando en la siguiente declaración de su Señor y Maestro: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Además, como para ir al extremo de expresar algo contundentemente, Pedro habla de nuestra conversión y regeneración como un “renacer”. Consideren el pasaje: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3)...

Mis queridos amigos, ¿pueden concebir un lenguaje más claramente descriptivo de un cambio tan serio? Si es posible expresar con la lengua humana un cambio que es total, cabal, completo y divino, estas palabras

lo expresan; y si semejante cambio no es lo que tiene la intención de expresar el lenguaje usado por el Espíritu Santo, entonces me sería imposible encontrarle ningún sentido a la Biblia, ya que las palabras más bien serían para confundir que para instruir, lo cual Dios nos libre de creer. Mi reto es para ustedes los que tratan de contentarse sin la regeneración y conversión. Les ruego que no se conformen, porque nunca podrán estar en Cristo a menos que las cosas viejas pasen para ustedes, y todas las cosas sean hechas nuevas.

Además, las Escrituras hablan de esta gran obra interior diciendo que produce un cambio muy maravilloso en el sujeto en el que obra. Regeneración y conversión, el uno, la causa secreta, y el otro, el efecto manifiesto¹, producen un cambio grande en el carácter. Lean Romanos 6:17: “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados”. También el versículo 22: “Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna”. Fijense bien en la descripción que el Apóstol da en Colosenses 3:9, 10, cuando, habiendo descrito la vieja naturaleza y sus pecados, dice: “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo”. El Libro está repleto de textos que lo prueban. El cambio de carácter del convertido es tan grande que: “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gál. 5:24).

Y así como hay un cambio en el carácter, lo hay también en los sentimientos. El hombre habiendo sido anteriormente enemigo de Dios, cuando ocurre este cambio, comienza a amar a Dios. Lean Colosenses 1:21, 22: “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él”.

El cambio de enemistad a amistad con Dios surge mucho de un cambio del estado judicial del hombre ante Dios. Antes de que el hombre se convierta está condenado, pero cuando recibe vida espiritual, leemos: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:1). Esto cambia totalmente su condición en lo que respecta a su felicidad interior. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1), paz que antes no teníamos. “Y no solo esto, sino que también nos

¹ **efecto manifiesto** – el punto del autor es que la conversión es la primera manifestación pública producida por el nuevo nacimiento.

gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Rom. 5:11).

Oh hermanos, la conversión efectúa en nosotros un cambio realmente muy poderoso, de no ser así, ¿qué quiso significar Cristo cuando dijo “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat. 11:28)? ¿Es que al final de cuentas no nos da descanso? ¿Es el hombre que viene a Jesús tan inquieto y falto de paz como antes? ¡De ninguna manera! ¿No dice Jesús que cuando bebemos del agua que él nos da no volveremos a tener sed? ¡Qué! Nos van a decir que nunca habrá un momento cuando dejemos de tener sed, nunca un tiempo cuando el agua viva se torne en nosotros como una fuente de agua, fluyendo para vida eterna? Nuestra propia experiencia refuta esta sugerencia. ¿Acaso no dice Pablo en Hebreos 4:3, “Pero los que hemos creído entramos en el reposo”? Nuestra condición ante Dios, nuestro tono moral, nuestra naturaleza, nuestro estado de ánimo, por la conversión, pasan a ser totalmente diferentes de lo que eran antes: “Las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17).

Pues, amados, en lugar de suponer que nos podemos arreglar sin la conversión, las Escrituras la representan como la gran bendición del pacto de gracia. ¿Qué le dijo el Señor a su siervo Jeremías? “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jer. 31:33). Pablo cita este pasaje en Hebreos 10:16, no como obsoleto, sino, como cumplido por los creyentes. ¿Y qué le dijo el Señor a Ezequiel? Presten a atención a este pasaje lleno de gracia, y vean qué bendición grandiosa es la conversión: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Eze. 36:26, 27). ¿No es por esta bendición del evangelio por la que cumplimos todo lo demás? ¿No es esta la gran obra del Espíritu Santo por la cual conocemos al Padre y al Hijo?...

¿Saben ustedes algo de esto? Espero que muchos de ustedes lo hayan experimentado y lo estén demostrando con sus vidas, pero me temo que algunos lo desconocen. Que los que son inconversos no descansen nunca hasta que crean en Cristo y tengan un corazón nuevo y se les haya otorgado un espíritu recto. Sepan bien en sus corazones que debe sobrevenirles un cambio que no pueden obrar ustedes mismos, sino que tiene que ser obrado por el poder divino. Existe esto para nuestro

consuelo: Jesucristo ha prometido esta bendición a todos los que lo reciben, porque les da el poder de ser hijos de Dios.

ESTE CAMBIO SE PUEDE RECONOCER POR CIERTAS SEÑALES. Algunos suponen que en el momento que el hombre se convierte, se cree perfecto. No es así entre nosotros. Otros piensan que el hombre convertido debe estar, desde ese momento, libre de toda duda. Ojalá fuera así. Lamentablemente, aunque hay fe en nosotros, existe también la incredulidad. Algunos sueñan que el convertido ya no tiene nada que buscar, pero no es eso lo que enseñamos; el hombre vivo para Dios tiene más necesidades que nunca. La conversión es el comienzo de una vida entera de conflictos; es el primer golpe en una batalla que nunca terminará hasta que estemos en la gloria.

A cada caso de conversión le siguen las siguientes señales: *siempre hay un sentimiento de pecado*. Pueden estar seguros de que nadie encontró paz con Dios sin primero arrepentirse del pecado y saberlo una cosa impía. Los horrores que algunos han sentido no son esenciales, pero una confesión completa de pecado ante Dios y un reconocimiento de nuestra culpabilidad es totalmente esencial. “Los sanos no tienen necesidad de médico”, dice Cristo, “sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mar. 2:17). Dios no sana a los que no están enfermos. Nunca viste a los que no están desnudos ni enriquece a los que no son pobres. La verdadera conversión siempre incluye el sentimiento humilde de la necesidad de la gracia divina.

Siempre va acompañada de una fe sencilla, auténtica y real en Jesucristo. De hecho, esa es la propia marca del Rey: sin ella, *nada es de ningún valor*. “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-15), Y ese pasaje se pone lado a lado con “es necesario nacer de nuevo” en el mismo discurso, por el mismo Salvador, al mismo interlocutor. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que la fe es la marca del nuevo nacimiento; y donde ella está, allí el Espíritu ha cambiado el corazón del hombre; pero donde no está, los hombres siguen “muertos en [sus] delitos y pecados”.

Luego, la conversión se reconoce por este hecho. que cambia al hombre total. Cambia el principio según el cual vive; vivía para sí, ahora vive para Dios. Hacía lo bueno porque temía el castigo si hacía lo malo, pero ahora desprecia lo malo porque lo aborrece. Hacía lo bueno porque esperaba merecer el cielo, pero ahora no lo mueve un motivo tan egoísta, sabe que es salvo, y hace lo bueno por gratitud a Dios. Sus objetivos en la vida han cambiado; vivía para obtener ganancias u honor humano, ahora vive para la gloria de Dios. Lo que antes constituía su bienestar ha cambiado;

los placeres del mundo y el pecado no significan nada para él, encuentra bienestar en el amor de Dios derramado en su corazón por el Espíritu Santo. Sus deseos han cambiado; aquello que antes anhelaba y por lo cual suspiraba, ahora ya no le interesa; y aquello que antes despreciaba, ahora anhela como el ciervo brama por las corrientes de las aguas. Sus temores son diferentes; ya no teme al hombre, sino que teme a su Dios. Sus esperanzas también han cambiado; sus expectativas son superiores.

El hombre ha iniciado una vida nueva. Un converso dijo en cierta ocasión: “O el mundo ha cambiado o he cambiado yo”. Todo parece nuevo. Aun los rostros de nuestros hijos nos parecen diferentes, porque los vemos de manera diferente: como herederos de inmortalidad. Vemos a nuestros amigos desde un punto de vista diferente. Aun nuestros quehaceres parecen diferentes. Hasta el esposo se levanta por la mañana con un espíritu diferente, y los hijos son puestos a la cama por la madre con un estado de ánimo diferente. Aprendemos a santificar el martillo y el arado por medio de servir al Señor con ellos. Sentimos que las cosas que son vistas son sombras y las cosas que oímos no son más que voces del país de los sueños, pero lo no visto es sustancial, y aquello que oído mortal no oye es la verdad. La fe se ha convertido para nosotros en “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Heb. 11:1).

Podría seguir hablando de esto, pero nadie lo entendería excepto los que lo han experimentado, y los que no lo han experimentado no digan que no es cierto. ¿Cómo lo saben? ¿Cómo puede alguien ser testigo de lo que no ha visto? ¿De qué valor es el testimonio de alguien que empieza diciendo: “No sé nada acerca de esto”? Si un testigo digno de creer declara que tal cosa ha sucedido, es fácil encontrar a cincuenta que dicen que no lo vieron; la evidencia de ellos no tiene ningún valor... Espero que sepamos qué es este cambio; si lo sabemos, espero entonces que vivamos de modo que otros puedan ver su resultado en nuestro carácter y pregunten qué significa.

Los fenómenos de la conversión son los milagros constantes de la iglesia. “Y aun mayores [obras] hará”, dijo Cristo, “porque yo voy al Padre” (Juan 14:12), y estas son algunas de las cosas más grandes que el poder del Espíritu Santo aún realiza. En este día los muertos son levantados, los ojos ciegos son abiertos y los cojos caminan. El milagro *espiritual* es mayor que el *físico*. Estos milagros espirituales demuestran que Jesús vive y da vida y poder al evangelio. Muéstrenme un ministerio que nunca reivindica al alcohólico, nunca llama al ladrón a ser honesto, nunca humilla al hipócrita y le hace confesar su pecado; uno que, en suma, nunca transforma a sus oyentes; y puedo asegurarles que tal ministerio no vale el tiempo que los hombres pasan escuchándolo. Ay del

hombre que al final confesará un ministerio sin el fruto de las conversiones. Si el evangelio no convierte a los hombres, no lo crean; pero si sí lo hace, esto ya es su propia evidencia y debe ser creído. A algunos de ustedes les puede parecer piedra de tropiezo y a otros, locura; pero a los que creen, es el poder de Dios para salvación, salvándolos del pecado.

De un sermón predicado el Día del Señor por la mañana, el 19 de julio, 1874,
por C. H. Spurgeon en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente pastor bautista inglés. Los sermones coleccionados de Spurgeon durante su ministerio abarcan 63 tomos. Las 20-25 millones de palabras son equivalentes a los 27 tomos de la novena edición de la *Enciclopedia Británica* y constituyen el conjunto de libros más extenso de un solo autor en la historia del cristianismo. Nació en Kelvedon, Essex, Inglaterra.



Cuidado con cualquier cambio que no sea conversión, con cualquier reforma que los deja sin Cristo; con cualquier religión, por más refinada y hermosa, que no enseña acerca del Espíritu Santo, y que no los transforma a la imagen del propio Hijo de Dios. Si se conforman ustedes con cualquier cosa menos que esto, no están haciendo más que endurecer sus corazones, cauterizar y anular sus conciencias; haciéndose más y más insensibles al poder de las cosas divinas quedando en un estado que no solo excluirá a Dios y repelará al Espíritu Santo, sino que invitará a Satanás y a sus legiones de tinieblas a volver a sus almas abatidas, haciéndoles más que nunca doblemente hijos del infierno.—*Horatius Bonar*

SIGNIFICADO, CAUSAS Y OBJETOS DE LA CONVERSIÓN

John Gill (1697-1771)

La conversión, aunque pueda parecer igual en algunos aspectos a la regeneración y el llamamiento eficaz¹, se distingue de ambos. La regeneración es exclusivamente la acción de Dios. La conversión consiste tanto de la acción de Dios sobre los hombres para transformarlos y de las acciones realizadas por los hombres bajo la influencia de la gracia que convierte: se vuelven, habiéndoles dado vuelta la gracia. Como alguien ha dicho, la regeneración es la moción de Dios hacia y sobre el corazón del pecador; la conversión es la moción del hombre hacia Dios. En la regeneración, los hombres son totalmente pasivos, tal como lo son también en el primer momento de la conversión; pero por ella se hacen activos. Por lo tanto, a veces se expresa *pasivamente*: “habéis vuelto”, o convertido (1 Pedro 2:25), y a veces *activamente*: “Gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hch. 11:21), “pero cuando” —el cuerpo de la gente judía— “se conviertan al Señor”, lo cual se refiere a su conversión en los últimos días (2 Cor. 3:16). El llamamiento eficaz es el llamado a los hombres de las tinieblas a la luz; y la conversión responde a ese llamado y es el “volverse” auténtico de los hombres de lo uno a lo otro, de modo que propiamente, la conversión puede ser considerada distinta de la regeneración y del llamamiento eficaz. Respecto a lo cual podemos comentar:

I. PRIMERO, QUÉ ES LA CONVERSIÓN Y DÓNDE RADICA. La conversión a la cual nos estamos refiriendo no es **1. Externa, una que radica únicamente en la reforma exterior de la vida y la forma de comportarse, como los ninivitas.** Porque es posible que no haya acontecido una conversión interior, como en el caso de los escribas y fariseos, por lo que uno puede apartarse y regresar a su antigua manera de vivir. En cambio, cuando es correcta y auténtica, es el fruto y efecto de una verdadera conversión, no solo algo externo.

2. Tampoco es meramente doctrinal o una conversión de nociones equivocadas infiltradas en una serie de doctrinas y verdades que

¹ **Llamamiento eficaz** – “Llamamiento eficaz es la obra del Espíritu de Dios el cual, convenciéndonos de nuestro pecado y nuestra condenación, ilustrando nuestra mente con el conocimiento de Cristo con la renovación de nuestra voluntad, nos persuade y capacita para aceptar a Jesucristo, ofrecido a nosotros gratuitamente en el Evangelio” *Catecismo Breve de Westminster*, P. 31.

coinciden con las Escrituras. Así eran los hombres en la antigüedad que se convertían del judaísmo y paganismo al cristianismo, pero no todos que así se convertían en un sentido doctrinal eran conversos auténticos y reales. Algunos tenían la apariencia de piedad sin tener el poder de ella. Vivían y llevaban el nombre de cristianos, pero estaban muertos, y no se habían convertido. Por lo tanto, la acción de recobrase de los que profesaban una religión de errores en la que habían caído, reconociendo la verdad, se llamaba conversión (Stg. 5:19-20).

3. Tampoco lo es la restauración del pueblo de Dios de los retrocesos a los que están sujetos, cuando se les llama de un modo muy conmovedor e inoportuno a volver al Señor (Jer. 3:12, 14, 22; Os. 14:1-4). Igualmente en el caso de Pedro, cuando cedió a la tentación y negó a su Señor y se recobró de ello, gracias a una mirada de Cristo, el Evangelio dice que fue una conversión (Luc. 22:32). En cambio,

4. La conversión bajo consideración es una obra de Dios verdadera, real, interna en el alma del hombre. Existe una falsificación de la misma, que se manifiesta en algunos hombres que no se han convertido de verdad y que se asemeja a lo que siempre es evidente en los que se han convertido auténticamente, [como ser] un sentir de haber pecado y un reconocimiento acerca del mismo; un temor de la desaprobación divina por haber pecado; gran angustia por haber pecado, un pesar por ello, sentir humillación a causa de él, y un abstenerse de hacerlo. Algo parecido a cada uno de estos sentires puede encontrarse en los inconversos, aunque su preocupación por el pecado es principalmente por lo malo que se deriva de él o que puede derivarse de él, y no el mal que hay en él. Por esto es que a los convertidos tarde o temprano les llega la luz del evangelio y sus doctrinas, particularmente la doctrina de la salvación en Cristo, que les ofrece alivio y consuelo bajo una convicción de pecado, y los anima a tener fe y esperanza en Dios. Se observa algo parecido en algunos que no están realmente convertidos, que se dicen “iluminados”, es decir, teórica y doctrinalmente y que “gustan” de la Palabra buena de Dios, aunque lo hacen solo de una manera superficial, y la “reciben con gozo”, con un estallido de afecto natural que dura un tiempo, y la creen con una fe temporal, histórica, y se sujetan a las ordenanzas. No obstante, en todo esto no hay una obra del corazón, mientras que la conversión auténtica consiste,

(1). En el volver a Dios el corazón y los pensamientos del corazón que son impíos y que continuamente se enfocan en cosas impías y no en Dios y las cosas de Dios: “No hay Dios en ninguno de sus pensamientos” (Sal. 10:4), ni en ninguno de los pensamientos de hombres impíos. Pero cuando se convierten, sus pensamientos tienen que ver con su estado y condición

natural; tienen que ver con sus almas y su bienestar eterno; y tienen que ver con Dios y los medios de su gracia en la salvación de los hombres. Es un volverse de los “deseos” del corazón, que antes eran lujurias y placeres vanos, carnales, mundanos; pero que ahora desean a Dios y la comunión con él, desean a Cristo y la salvación por medio de él, desean al Espíritu y las cosas del Espíritu. Es un volverse de los “afectos” del corazón, que antes eran “desordenados”² y corrían por un cauce equivocado. Antes eran carnales, deseaban las cosas del mundo, los apetitos de la carne, la lujuria del ojo y la soberbia. Pero ahora están controlados y se han vuelto hacia Dios, siendo circuncidados sus corazones para amarle, y a quien aman con todo su corazón y alma porque él los amó primero, siendo que antes sus mentes carnales estaban enemistadas con él; y se han vuelto hacia Cristo a quien ahora aman con afecto, fervor, superlativamente y con sinceridad; y se han vuelto hacia los santos, que son ahora los destacados en la tierra, en cuya manera de comportarse y de vivir se deleitan, siendo que antes sentían antipatía por ellos, y por la Palabra, la adoración y las ordenanzas de Dios en todo lo cual encuentran ahora placer cuando antes los cansaba.

La conversión es volver la “mente” de las cosas carnales a las espirituales, y de las cosas terrenales a las celestiales. Sí, es un volverse de la “voluntad”, que antes de la conversión está en un estado pésimo, es obstinada e inflexible, parcial y propensa a lo malo y adverso a todo lo que es bueno. Pero en la conversión, Dios “produce” en los hombres “tanto el querer como el hacer” (Fil. 2:13). Les da otra voluntad, o un cambio de su voluntad, de modo que un pueblo renuente, pasa a ser un pueblo dispuesto en el momento cuando el Señor los inviste de su poder; porque no estaban dispuestos a venir a Cristo para salvación y aceptarlo como su único Salvador: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida”, dice Cristo (Juan 5:40). Es decir, no tienen voluntad para recibir de él vida y salvación. En cambio, eligieron buscarlas en todas partes menos en Cristo, pero ahora están dispuestos a ser salvos por él y a no tener ningún otro Salvador que no sea él. Sí, aunque los lleve a la muerte, confiarán en él y dirán: “Él será nuestra salvación”. Y aunque antes anduvieron de acá para allá con miras a establecer su propia justicia y no se sometían a la justicia de Cristo, ahora sus corazones rebeldes que andaban lejos de la justicia, han sido humillados, estando ahora dispuestos a ser encontrados únicamente en Cristo y su justicia. Así como antes no aceptaban que Cristo reinara sobre ellos y escogían no sujetarse a sus leyes y ordenanzas, ahora están listos para reconocerle

² **desordenados** – pasiones, sentimientos o comportamientos desenfrenados.

como su Rey y Soberano, a aceptar sus testimonios y estimar sus preceptos concernientes a todas las cosas que son correctas.

(2). *La conversión radica en que el hombre se vuelva de las tinieblas a la luz.* El apóstol dice que fue enviado por Cristo a los gentiles, como ministro del evangelio, “para que se conviertan de las tinieblas a la luz” (Hch. 26:18). Es decir, con el fin de ser un instrumento o medio para la conversión de ellos por la predicación del evangelio. En esto, la conversión pareciera coincidir con el llamamiento eficaz. Pero cabe observar que el llamamiento eficaz es un llamado *a*, mientras que la conversión es un *volverse el hombre de* las tinieblas a la luz. Dios no solo llama *para que tengan* luz, sino que los vuelve *a* la luz en todo sentido: a Dios, que es luz misma y en quien no hay nada de tinieblas; a Cristo, que es la luz del mundo; al evangelio, que es la gran luz que brilla sobre los hombres sentados en tinieblas; y a la luz de la gracia, que es una luz brillante que brilla cada vez más hasta que el día sea perfecto.

(3). *La conversión radica en que el hombre se vuelva “de la potestad de Satanás a Dios” (Hch. 26:18).* Satanás tiene un gran poder sobre los hombres en su estado inconverso, su asiento está en sus corazones que son el palacio en el que reina. Obra eficazmente con gran poder y energía en los hijos de desobediencia, despertando sus lujurias y corrupciones, sugiriendo cosas impías a sus mentes y tentándoles a hacerlas. Hace todo lo que puede para mantenerlos en su ceguera e ignorancia natural y aumenta dicha ceguera e ignorancia, impidiendo que escuchen el evangelio y que los beneficie, no sea que la luz brille en sus mentes. Los cautiva, y los lleva cautivos como él quiere, y ellos se dejan llevar por él cometiendo las lascivias de sus padres. Pero ahora en la conversión ya no están bajo su poder. Satanás queda desposeído de ellos; y su armadura, en la cual confiaba, le es quitada; su presa ha sido arrebatada de sus manos poderosas, y su cautivo es liberado. Los hombres son trasladados del poder de las tinieblas al reino del Hijo amado de Dios. Y aunque no están libres de las tentaciones [de Satanás], tienen la gracia suficiente que les ha sido dada para resistirlas hasta que Dios se complazca en salvarlos de ellas, lo cual pronto hará en virtud de ellos. Y como en la conversión son vueltos *de* él [Satanás] y vueltos *a* Dios, los que antes estaban sin este, enemistados de la vida de él y extraños para él, ahora han vuelto al conocimiento de [Dios] para amarle, para confiar en él y para tener comunión con él.

(4). *La conversión radica en volver a los hombres de los ídolos para servir al Dios viviente:* no meramente de los ídolos de plata y oro, de madera o roca, como antes, sino de los ídolos del propio corazón del hombre, sus lascivias y corrupciones de las cuales el lenguaje del pecador convertido

es: “¿Qué más tendré ya con los ídolos?” (Os. 14:8). Esta es la bendición impartida en la conversión: “A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hch. 3:26). En la *redención*, Cristo aparta las iniquidades de su pueblo por medio de cargarlas y de satisfacer sus demandas. Y en la *conversión*, él, por medio de su Espíritu y gracia, los vuelve de sus iniquidades. Los vuelve de su amor a estas a un aborrecimiento por ellas, tanto de pensamientos vanos como de acciones pecaminosas; del servicio y la carga de ellas al servicio de la justicia; del poder y dominio de ellas y sujeción a ellas, y del vivir en ellas a una vida de santidad; y de las sendas de pecado a las sendas de la verdad y rectitud.

(5). *La conversión radica en volver a los hombres de su propia justicia a la justicia de Cristo*: no de realizar obras de justicia porque tales convertidos son aptos y están sumamente capacitados y tienen la gran obligación de realizarlas; sino que se vuelven de depender de ellas para su justificación ante Dios y su aceptación por parte de él. El Espíritu de Dios tiene que ser el que los convenza de la insuficiencia de su propia justicia, de lo imperfecta que es para justificarlos, y de la necesidad de la perfección y la plenitud de la justicia de Cristo, la cual si se vuelven a él, la reciben, adoptan, toman y declaran como su justicia justificadora delante de Dios. Y esto requiere más que las enseñanzas humanas, porque aunque se dice que los pastores “enseñan la justicia a la multitud”, o sea la justicia de Cristo, pero solo en forma instrumental y como el medio para hacerlo, es por la predicación del evangelio que la revela. Porque Dios es la causa eficaz de que se vuelvan a ella; porque aunque el evangelio es su ministración, es el Señor quien tiene que acercarla a los duros de corazón alejados de la justicia y hacer que estén dispuestos a someterse a ella y anhelar ser hallados en ella. Los hombres, por naturaleza, no quieren despojarse de su propia justicia, les pertenece y la han tenido por largo tiempo habiéndoles costado trabajo establecerla. No pueden aguantar que la destrocen. Con gusto se aferran a ella, se apoyan en ella aunque no siga en pie. Es su ídolo en el cual ponen su confianza, y quitarles esto es quitarles su Dios; como dijo Micaía cuando le robaron su ídolo: “Tomasteis mis dioses... ¿qué más me queda?” (Jue. 18:24). Como la conversión del hipócrita es más rara y difícil que la conversión del pecador depravado, nuestro Señor le dice a los escribas y fariseos que “los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mat.21:31); y que él mismo no había “venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mat. 9:13).

(6). *La conversión radica en que el hombre se vuelva al Señor activamente bajo la influencia de la gracia divina*. Y esta frase es a menudo expresada en las Escrituras (como en Isa. 10:21; Hch. 11:21; 2 Cor. 3:16), estando los

hombres totalmente convencidos de que no hay salvación en ninguno más que en Cristo y que es inútil esperarla en otro lugar. Después de haber inquirido mucho y buscado mucho inútilmente, se vuelven al Señor Jesucristo y confían únicamente en él para ser salvos; estando conscientes de su peligro, se vuelven conforme son dirigidos, alentados y capacitados por Cristo, el Baluarte, donde están seguros de todo peligro y de todo enemigo. Habiendo sido sensibilizados a la insuficiencia de su propia justicia y de lo adecuado de la justicia de Cristo para ellos, se vuelven a él como el Señor de su justicia, en quien toda la semilla de Israel es justificada y se gloria. Y estando totalmente satisfechos con la equidad de las leyes, reglas y ordenanzas de Cristo, se vuelven a él como su Señor y Dador de la Ley, sometiéndose a sus mandatos, renunciando a todos los demás señores y su dominio sobre ellos. Aunque en su estado natural son como ovejas perdidas, en la conversión vuelven a Cristo, como el gran Pastor y Obispo de sus almas. La parábola de buscar, encontrar y traer la oveja perdida a su redil es una representación apropiada de la conversión de un pecador... Las parábolas que siguen a esta representan lo mismo, la moneda de plata perdida que, para encontrarla, la mujer prende una vela y barre la casa y busca en cada rincón hasta que la encuentra, lo cual la llena de gozo. Esto destaca la alta estima y el valor de los escogidos para Cristo, comparables a la plata, sí al oro fino y a las piedras preciosas, y la pasividad de los hombres en su conversión, quienes no contribuyen más a ella que la moneda contribuye a ser encontrada y los medios y métodos usados en la conversión, a la luz del ministerio del evangelio y a la conmoción en esa ocasión. La parábola del hijo pródigo y su regreso a su padre expresa lo mismo. Su manera de vivir antes de su regreso es una figura viva del estado de los inconversos viviendo en sus lascivias y entregándose a los deseos de la carne y de la mente. En su regreso están todos los síntomas de una conversión auténtica y real, un sentido de su estado de carencia, inanición y mortandad; su volver en sí, su sentimiento de pecado, confesión y arrepentimiento del mismo; su fe y esperanza en ser recibido favorablemente por su padre, lo cual lo alentó a volver y quien de hecho lo recibió (ver Isa. 55:7).

II. SEGUNDO, LAS CAUSAS DE LA CONVERSIÓN: EFICACES, IMPULSORAS E INSTRUMENTALES.

1. Primero, la causa eficaz, que no es el hombre sino Dios.

(1). No el hombre, no es por el poder ni la voluntad del hombre.

a. *No por el poder del hombre.* Lo que se dice de la conversión o del volver de los judíos de su cautividad es cierto acerca de la conversión del pecador, que no es “con ejército, ni con fuerza”, que no es de hombre,

“sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6). Los hombres están muertos en un sentido moral mientras siguen siendo inconversos. Están muertos en delitos y pecados, que son la causa de su muerte; y en ellos, la vida misma no es otra cosa que una muerte moral. Tampoco se pueden dar vida a sí mismos, y a menos que sean vivificados no pueden ser convertidos; y estando muertos en un sentido moral son “impotentes”. No solo son “débiles en la carne”: la corrupción de la naturaleza, sino que no “tienen fuerzas”. Quedan sin fuerzas para hacer lo que es bueno y mucho menos una obra de tanta importancia como su propia conversión. No tienen control sobre sí mismos, ni ningún poder sobre sus corazones, deseos y afectos. No pueden frenarlos ni controlarlos a voluntad; no pueden pensar en nada por sí solos, mucho menos pensar un pensamiento bueno. No pueden encauzar las corrientes de sus deseos y sentimientos en una dirección correcta. No pueden conmover sus mentes, ni doblegar su voluntad, aun hacia lo que es para su propio beneficio. La conversión crea tal alteración en el hombre que ni tiene el poder de efectuarla... La conversión es la moción del alma hacia Dios. Pero esto no puede suceder en un muerto, a menos que sea vivificado, a menos que sea atraído por la gracia eficaz; por eso Dios, en la conversión, atrae a los hombres a sí mismo con su bondad y con las cuerdas de amor, a su Hijo; porque “Ninguno”, dice Cristo, “puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). Y aun el convertido mismo es consciente de esto y ora como lo hizo la iglesia: “Atráeme; en pos de ti correremos” (Cantares 1:4). La conversión habla por sí misma y muestra que no se puede efectuar por el poder del hombre...

b. *Ni se debe la conversión a la voluntad del hombre.* La voluntad del hombre antes de la conversión está en un pésimo estado, escoge sus propios caminos y se deleita en sus abominaciones. Va con entusiasmo tras los deseos de la carne y de la mente. Está decidida a ir tras sus amantes, sus lascivias que alimentan sus apetitos y le brindan cosas agradables a su mente carnal. La voluntad se ha convertido en una esclava de las lascivias y los placeres carnales, aunque la libertad natural de la voluntad no se pierde por el pecado, puede desear libremente cosas naturales en cuanto a comer, beber, sentarse o pararse o caminar según desea. Pero su libertad moral está perdida. Está encadenado con cadenas de lascivias pecaminosas por las cuales es vencido y esclavizado. Y aunque hace alarde de libertad, es un esclavo de nacimiento... no tiene voluntad para venir a Cristo, para ser salvo por él; ni para someterse a su justicia ni sujetarse a sus leyes y ordenanzas, hasta que su voluntad es transformada por la gracia eficaz. La conversión no es por voluntad de hombre, ya que la salvación en su totalidad “no depende del que quiere”,

de modo que esta acción en particular, la regeneración, con la cual la conversión en el primer momento coincide, no es “de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Rom. 9:16; Juan 1:3).

(2). *Solo Dios es el Autor y la causa eficaz de la conversión.* Él que hizo el corazón del hombre y formó el espíritu del hombre dentro de él, él solo puede volver su corazón y transformar y moldear su espíritu como le plazca. El corazón del rey e igualmente de todos los demás hombres, está en las manos del Señor, y él puede cambiarlo como cambia los ríos de agua. Él, y solo él, puede controlar y volver sus pensamientos y los deseos y sentimientos del corazón a otro cauce, y la mente y la voluntad a otros objetos. Él puede quitar la obstinación de la voluntad, doblégarla a su discreción, y hacerla maleable y conformarla a su propia voluntad. Puede quitar la dureza del corazón. Aunque es como una piedra diamantina³, pueda ablandarla y hacerla susceptible a las mejores impresiones. Él puede romper el corazón de piedra en pedazos, sí, quitarle el corazón de piedra y darle un corazón de carne. Así como puede quitar de él lo que le plazca, puede igualmente ponerle adentro lo que quiera, tal como lo hace en la conversión, sus leyes, su temor a él y su Espíritu. Puede, y de hecho lo atrae a sí mismo y a su Hijo por la poderosa influencia de su gracia. Y hace esto sin forzarle su voluntad. Lo cautiva dulcemente por su gracia a venir a Cristo y sus ordenanzas... El poder de gracia divina manifestado en la conversión es irresistible, de modo que no se le puede poner un freno a la obra para que no tenga efecto, ni por la oposición desde adentro ni desde afuera. La conversión es según la voluntad de Dios, su voluntad de propósito, que nunca puede frustrarse: “¿Quién ha resistido a su voluntad?” (Rom. 9:19).

2. Segundo, la causa motivadora o impulsora de la conversión es el amor, la gracia, misericordia, el favor y la buena voluntad de Dios. La misma que es la causa motivadora de la regeneración y el llamamiento eficaz, y no los méritos del hombre. Porque, ¿qué hay en el hombre antes de la conversión que mueva a Dios a tomar un paso en su favor? (1 Cor. 6:9-11; Ef. 2:2-4).

3. Tercero, la causa instrumental, o medio de conversión es usualmente el ministerio de la Palabra. A veces, ciertamente, sucede sin la Palabra por una sorprendente providencia vivificadora o alguna otra cosa, y a veces por la lectura de las Escrituras. Pero mayormente es por medio de la predicación de la Palabra, por lo que se dice que los pastores “enseñan la justicia a la multitud”, y el Apóstol Pablo dice que fue enviado por Cristo al mundo gentil para “que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios” (Hch. 26:18). Esto

³ **piedra diamantina** – piedra de una dureza sin paralelos; impregnable a toda fuerza.

se lleva a cabo por la predicación de la Ley y del evangelio: “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma” (Sal. 19:7), aunque quizá no la Ley, estrictamente hablando, sino que a toda la doctrina de la Palabra a lo cual se refiere aquí. Sin embargo, la predicación de la Ley es utilizada por el Espíritu de Dios para convencer de pecado, porque “por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Rom. 3:20); y por su intermedio, cuando penetra el corazón y la conciencia bajo su influencia, el pecado se ve excesivamente pecaminoso, y el alma se llena de aflicción debido a él. Porque “la ley produce ira” (Rom. 4:15), aunque algunos toman esto como algo más bien preparatorio para la conversión en lugar de la conversión misma, algo que corresponde más bien al evangelio... porque “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Gál. 3:2; Rom. 10:8, 17). Pero entonces la predicación de del evangelio no es en sí suficiente para producir la obra de conversión en el corazón: los hombres pueden oírla y no convertirse por ella ni recibir ningún beneficio, provecho y ventaja por ella, si viene en palabra solamente y no con la demostración del Espíritu y de poder. Y cuando va acompañada del poder de Dios y es hecha poder de Dios para salvación, entonces es solo un instrumento y no un agente porque “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído” (1 Cor. 3:5).

III. TERCERO, EL OBJETO DE LA CONVERSIÓN. No lo son todos los hombres porque, de hecho no todos se convierten. Ni parece ser el designio y propósito de Dios convertir a todos los hombres, ni da él suficiente gracia a todos para que se conviertan si así lo desean. Porque no da a todos los medios de gracia, el ministerio externo de la Palabra. Esto no fue dado a los gentiles por siglos antes de la venida de Cristo y, desde entonces, millones no han sido favorecidos con ella, ni lo son en la actualidad. Y para muchos que tienen las Escrituras para leer, es un libro sellado, y lo es para todos, a menos que el Espíritu de Dios las abra. Y a quien el evangelio es predicado, le es velado, a menos que le sea dado a conocer los misterios del reino, lo cual no lo es a todos. Las personas convertidas son los “escogidos” de Dios, tanto entre judíos como gentiles... en una palabra, son descritos como “pecadores”. “Los pecadores se convertirán a ti” (Sal. 51:13), pecadores por naturaleza y por práctica y algunos de ellos son los peores y principales pecadores. Y por lo tanto, la maravillosa gracia de Dios con más razón se demuestra en la conversión de ellos.

De A Complete Body of Doctrinal and Practical Divinity (Un cuerpo completo de divinidad doctrinal y práctica).

John Gill (1697-1771): Pastor bautista, teólogo y erudito bíblico. Nació en Kettering, Northamptonshire, Inglaterra.

CONVERSIÓN TEMPORAL, FALSA Y VERDADERA

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

¿Qué queremos decir con “conversión”? *Dejar las anteriores maneras de vivir y comenzar una vida nueva es el primer ejercicio de la nueva naturaleza.* Es la primera acción del alma regenerada de pasar de algo a algo. El término mismo sugiere que: conversión significa volverse de una cosa a otra. El término no es usado con frecuencia en las Escrituras, pero la verdad que la palabra connota y representa aparece constantemente.

Encontramos que en las Escrituras el término mismo es a veces usado de una manera general para referirse a cualquier acto de volverse. Por ejemplo, a veces es usado aun para referirse a un creyente. Nuestro Señor reprendió en una ocasión a Pedro y dijo: “Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Luc. 22:32). Estaba diciendo: “cuando vuelvas otra vez, cuando hayas dado vuelta”. Aquí la palabra no se refiere a la venida original de Pedro a la vida cristiana; ya la estaba viviendo, pero iba a extraviarse, iba a descarrilarse y luego volver. Esto se describe como conversión, pero en consideración a las doctrinas bíblicas es bueno limitar la palabra conversión al sentido que normalmente le damos cuando hablamos de estas cosas, es decir, es el paso inicial en la historia consciente del alma en su relación con Dios; es su primer ejercicio, la primera manifestación de la vida nueva que ha sido recibida en la regeneración.

Esto, por supuesto, es algo esencial y hay muchas afirmaciones que así lo dicen. Mateo 18:3 declara específicamente: “De cierto os digo, que si no os volvéis y hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. Pero todos los versículos que ya hemos considerado al tratar la doctrina de la regeneración son igualmente aplicables aquí, versículos como: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Cor. 2:14) y “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Rom. 8:7). Los hombres y las mujeres tienen que venir de esta enemistad antes de poder ser cristianos, tienen que volverse de ella a esta otra condición. Entonces, la conversión es esencial. Nadie nace cristiano. Todos nacimos en pecado, “en maldad he sido formado” (Sal. 51:5), fuimos todos “hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef. 2:3); todos estamos sujetos al pecado original y a la culpa original, por eso todos

tenemos que tener la experiencia de la conversión, y la Biblia es muy explícita en cuanto a esto.

Entonces, la próxima pregunta es: ¿Cómo sucede? ¿Cuál es el instrumento en la conversión? Y aquí la respuesta es muy sencilla. Ante todo y en primer lugar la obra del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo la realiza a través del llamamiento eficaz... El llamamiento se hace eficaz y eso es lo que lleva al próximo paso: lo que usted y yo hacemos. Note que estamos mencionando esto por primera vez, pero en cualquier definición de conversión hay que incluir la actividad humana al igual que la divina. El llamado viene eficazmente y porque viene eficazmente hacemos algo al respecto. Eso es conversión: ambos lados, el llamado—la respuesta... al tratar la conversión, tenemos que necesariamente dar igual énfasis a la actividad de los seres humanos. Ahora bien, en la regeneración y en la unión, nosotros somos absolutamente pasivos, no jugamos ningún papel en ella, es enteramente la obra del Espíritu de Dios en el corazón. Pero en la conversión actuamos, nos movemos, somos llamados y respondemos.

Pasemos, pues, a considerar las características de la conversión. Y es, a veces pienso, uno de los temas más importantes que los cristianos pueden considerar juntos. ¿Por qué? Bien, es vital que consideremos la enseñanza bíblica sobre la conversión porque existe una cosa que se llama “conversión temporal”. ¿Ha notado con cuánta frecuencia nuestro Señor enfoca esto en sus enseñanzas, cuántas veces casi parece querer disuadir a la gente de seguirle? Hubo un hombre que dijo: “Maestro, te seguiré adondequiera que vayas” y nuestro Señor, en lugar de decir: “¡Maravilloso!”, dijo “¡Espera un minuto!”. “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mat. 8:19-20). “¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?”. En efecto dijo: “Insensato es el hombre que va a la guerra sin estar seguro de tener los recursos necesarios. Es igualmente insensato el hombre que comienza a construir una torre sin asegurarse de tener el material suficiente para terminarla”.

Nuestro Señor, porque conocía el peligro de que sucediera “algo temporal”, constantemente trataba de combatirlo y parecía estar queriendo alejar a la gente. Tal es, que lo acusaron de hacer que el discipulado fuera imposible. Tome el gran capítulo 6 de Juan donde las gentes corrían tras él como resultado del milagro de alimentar a los 5000, y escuchaban con pasión lo que decía; y nuestro Señor parece estar tratando deliberadamente de alejarlas. Por eso un gran número, que se creían sus discípulos, regresaron a sus casas, y nos dice el relato que no anduvieron más con él. Resulta muy claro que nuestro Señor estaba

impartiendo esa enseñanza muy deliberadamente porque estaba destacando una diferencia entre el espíritu y la carne. Él sabía que eran carnales, y estaba ansioso por subrayar la importancia vital de captar lo espiritual.

Considere también la parábola en Mateo 13 —la parábola del sembrador— y la propia explicación de nuestro Señor. Note particularmente los versículos 20 y 21: “Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza”. Pero fíjese que nuestro Señor dice de este mismo hombre: él “al momento la recibe con gozo [la Palabra]”. Eso es a lo que me refiero al decir “conversión temporal”. El hombre parece haber recibido la Palabra, está lleno de gozo, pero no tiene raíces y es por eso que termina sin nada. Esta es la propia enseñanza de nuestro Señor; existe la posibilidad de esta conversión muy gozosa y no obstante no tiene nada en un sentido vital, viviente, y prueba ser temporal.

Hay también más enseñanzas en las Escrituras sobre esto mismo. Recuerde a Simón el mago en Hechos 8. El versículo 13 nos dice: “También creyó Simón mismo, y [fue] bautizado”. Pero vea el final de la historia de aquel hombre. Estaba “en hiel de amargura” (v. 23), y Pedro le dijo sencillamente que le convenía pedirle a Dios que le tuviera misericordia y le diera arrepentimiento. Parece haber sido un auténtico creyente, pero ¿lo era?

Luego Pablo habla en 1 Timoteo 1:19-20 acerca de mantener “la fe y una buena conciencia. Por no hacerle caso a su conciencia, algunos han naufragado en la fe” (NVI). Ahora bien, esta es una enseñanza muy seria y dice lo mismo en 2 Timoteo 2. Aquí Pablo le escribe a Timoteo acerca de ciertas personas que parecían creyentes pero ahora negaban la resurrección, por lo que, como resultado, algunos cristianos atemorizados creían que toda la iglesia se estaba derrumbando. “Está bien”, dice Pablo, “pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos” (v. 19). Dios sabe todo, no puede ser engañado ni burlado. Existe tal cosa como conversiones temporales, creyentes temporales, que no son creyentes auténticos. Por eso es tan imprescindible que conozcamos la enseñanza bíblica sobre lo qué es realmente la conversión.

¿Qué del caso de Demas? me pregunto. Hay muchos que dirían que Demas nunca fue creyente. No me gustaría ir tan lejos. Puede haber estado flaqueando: “Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo” (2 Tim. 4:10). Pero, sea como fuera, es un caso dudoso. Y luego

llegamos al gran pasaje clásico sobre este tema en Hebreos 6, con un pasaje similar en el décimo capítulo de dicha epístola. “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados... y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento” (Heb. 6:4, 6).

Por lo tanto, deliberadamente uso este título de “conversión temporal”. Es evidente que algo anda mal con estas personas, por lo que tenemos que hacer preguntas. Tenemos que estudiar, tenemos que tener definiciones, porque “No todo lo que brilla es oro”. Todo lo que parece ser una conversión no lo es necesariamente de acuerdo con la propia enseñanza de nuestro Señor y las enseñanzas de los apóstoles inspirados. No conozco nada que sea tan peligroso, censurable y lejos de las Escrituras que decir: “pero no debemos hacer estas preguntas”. Sí, sí, que se hagan. Pregunte siempre: ¿Me dan las Escrituras el derecho de decir eso? Si vamos a ser verdaderos maestros de la Palabra, y ayudadores de otros, y preocupados por la gloria de Dios, tenemos que saber que hay tal cosa como una conversión temporal basada en equivocaciones.

La segunda razón por la que estoy preocupado en relación con tener definiciones precisas es que no solo hay conversiones temporales sino aun conversiones falsas. Notará usted que hago una diferencia entre ambas y la diferencia es que en el caso de una conversión temporal, la conversión es algo que ha sucedido como resultado de la presentación de la verdad bíblica. En el caso de una conversión falsa, es un fenómeno que, aunque se parece mucho y simula ser una conversión cristiana, ha sido por algún otro factor que dista de la verdad. Por eso es que tenemos que diferenciarlas.

Esto nunca ha sido tan necesario como en la actualidad porque hay tanta gente que parece pensar que mientras haya un cambio grande en la vida de la persona, ha de ser una conversión auténtica. Si alguien renuncia a sus pecados y vive una vida derecha y hace el bien, entonces, dicen, es cristiano. Pero quizá no lo sea. Es posible que el hombre tenga un cambio grande, profundo, apoteótico en su vida y su manera de vivir y experiencia que nada tiene que ver con el cristianismo. Hasta puede darse el caso de que alguien salga del mundo y se haga miembro de una iglesia, y toda su vida desde afuera parece diferente, pero puede ser una conversión falsa. Es una conversión en el sentido que ha dejado una manera de vivir para seguir otra, ha renunciado a sus pecados y ahora está haciendo el bien, pero es falsa porque carece de la relación necesaria y esencial con la verdad. Si uno se interesa únicamente en el fenómeno, si se interesa únicamente en el hecho de que alguien se levanta y dice: “Toda mi vida ha cambiado totalmente” entonces uno no tiene más que

ir a los libros de psicología. La psicología, desde hace años se ha hecho popular, y ataca fuertemente la fe cristiana: es por eso que me preocupa. Oí decir a un hombre que si su fe cristiana fuera atacada, eso no le preocuparía. Sencillamente respondería: “A mí no me importa lo que dice la gente, a mí no me importa lo que dice la ciencia, yo lo sé por lo que me está sucediendo a mí”.

Mi respuesta a eso fue: “Sí, y todos los psicólogos en su audiencia sonreirían. Dirían: ‘Coincidimos en que ha tenido usted un cambio y una experiencia psicológicos. Pero, por supuesto, muchas cosas pueden producirlo’. Y seguirían desechando el cristianismo en su totalidad”.

No, la defensa de la fe cristiana nunca tiene que depender simplemente de una experiencia que usted y yo hayamos tenido. La defensa de la fe cristiana es la verdad objetiva. Así que a menos que tengamos cuidado en esta disyuntiva en definir la conversión, el peligro es que no tengamos nada para decirles a los que han pasado por estas experiencias falsas.

Ahora hay una cosa más: y aquí dejamos lo falso y lo temporal y nos enfocamos en algo que es más inmediatamente práctico. Hay elementos variables en relación con la conversión, y debido a esto tenemos que tener mucho cuidado para saber cuáles son los elementos esenciales. Para ilustrar lo que quiero decir, considere el elemento tiempo, el factor tiempo en la conversión. ¿Tiene que ser súbita? ¿Es imposible que sea gradual? Pues bien, yo diría que las Escrituras no enseñan que tiene que ser necesariamente súbita. Lo grandioso es que ha sucedido, sea súbita o gradual. El elemento tiempo no es un factor absolutamente esencial; puede tener su importancia, pero no es vital.

Segundo, ¿tiene una conversión que ser necesariamente dramática? Todos tenemos la tendencia a enfatizar las que lo son, ¿no es cierto? Son de interés humano, decimos, y debe interesarnos. Ahora bien, si usted lee un solo capítulo de las Escrituras —Hechos 16— verá que no tiene derecho a afirmarlo. Claro, si usted solo lee la historia del carcelero de Filipo, entonces dirá que la conversión tiene que estar llena de drama. Pero a mí me interesa igualmente la historia de Lidia y en ella nada hay que sugiera eso acerca de su conversión. ¡Para nada! Puede haber sido bastante tranquila, pero fue igualmente una conversión. Así que aquí tenemos otro elemento variable. Puede incluir una calidad dramática, o quizá no. No es esencial.

Después está la vieja y polémica cuestión del lugar que ocupan los sentimientos. Por supuesto que juegan un lugar importante, pero existen muchos tipos y grados de sentimientos. Pueden ser intensos, o quizá no, pero igual son sentimientos. Por naturaleza y temperamento, todos

somos diferentes, y en este asunto de los sentimientos todos diferimos muchísimo. La persona más expresiva, no siempre es la que siente más... Así que la persona que llora más copiosamente, no necesariamente es la que siente más profundamente. Otra persona puede tener sentimientos tan profundos que sus sentimientos van más allá de la posibilidad de lágrimas, por así decir. Los sentimientos son variables y se expresan diversamente en diferentes personas. Deben estar presentes, pero no insistamos en una intensidad particular o una exhibición de sentimientos.

Y luego está la cuestión de la edad. Algunos han dicho que a menos que uno se convierta cuando es adolescente, nunca se convertirá porque los factores psicológicos requeridos jamás pueden estar presentes otra vez. ¡Qué disparate! ¡Qué cosa tan en desacuerdo con la Biblia! Nunca he visto una conversión más impresionante que la que vi en un hombre de setenta y siete años: ¡gracias a Dios por eso! No, no hay límite de edad. La edad no tiene la menor importancia. Estamos hablando de algo que produce el Espíritu Santo. Hay tanta esperanza para el hombre que tiembla al borde de la muerte y el infierno como la hay para el adolescente, es decir, si se interesa por la verdadera conversión. Si a uno le interesan las experiencias psicológicas, entonces coincido, la adolescencia es el mejor momento para ella. En esa etapa todo es muy explosivo; sencillamente se prende un cerillo, y explota. Pero no estamos interesados en cambios psicológicos. Estamos hablando de la verdadera conversión cristiana, espiritual. Y allí, gracias a Dios, la edad es totalmente irrelevante.

Hemos considerado estas cosas porque siempre existe la tendencia de estandarizar el aspecto variable de la conversión. A veces le sucede al evangelista, que desea que todos acepten a Cristo de la misma forma, y duda de los convertidos a menos que sean todos iguales. Pero nos puede suceder a nosotros también, todos queremos ser iguales. Esa es una de las cosas peligrosas acerca de leer de las experiencias de otros; consciente o inconscientemente, tenemos la tendencia a reproducirlas. Es parte de nuestra composición y de nuestra naturaleza: somos imitadores, y si nos gusta algo que vemos en alguno, entonces quisiéramos que eso mismo fuera cierto de nosotros también.

Además, tenemos la tendencia de concentrarnos en manifestaciones particulares de la conversión. Los sentimientos, por ejemplo, son solo un aspecto, no obstante ponemos en ellos todo nuestro énfasis. Esto puede ser extremadamente peligroso porque los sentimientos, como ya lo he indicado, es uno de varios variables, y este camino puede llevar a la tragedia. Algunos siempre están insistiendo en la presencia de una

cualidad variable, que no es esencial. Creyendo que es esencial, y no haberla experimentado, dicen que nunca se han convertido. Y esto puede llevar a incontables e innecesarios pesares... si postulamos¹ algo que es variable e insistimos en ello, podemos causarnos o causar a otros mucho daño. Quizá les digamos a otros que no son convertidos porque no se conforman a nuestras normas personales. Por eso, hemos de tener mucho cuidado de no ajustarnos a las Escrituras y de decir cosas que la Biblia no dice. Por lo tanto, qué vital, qué esencial es que tengamos definiciones claras en nuestra mente.

¿Cuáles son, entonces estos elementos permanentes? Hay dos elementos esenciales en la conversión, y estos son enfatizados en las Escrituras —en los Evangelios, en el libro de los Hechos y en las epístolas. Pablo, afortunadamente, lo ha expresado todo en una sola frase en Hechos 20:21, en aquella emotiva ocasión cuando se despidió de los ancianos de la iglesia en Éfeso. A veces he pensado que si hay una escena en la historia en la que me hubiera gustado estar presente, es aquella. “Me voy”, dice Pablo a los ancianos, “no volverán a verme, y quiero que no olviden las cosas que les he dicho, y que recuerden lo que hice cuando estuve con ustedes”. ¿A qué se refería? “Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”. Eso es conversión. Estos son los elementos esenciales, los únicos esenciales en la conversión: arrepentimiento y fe. Súbito o gradual, no importa. Tiene que haber arrepentimiento y tiene que haber fe. Si uno de estos falta, no es conversión. Ambos son esenciales.

Ahora le pregunto: ¿En qué orden se manifiestan? O sea: ¿Cuál se manifiesta primero, el arrepentimiento o la fe? Esta es una pregunta fascinante. Existe un sentido en que la fe tiene que manifestarse antes del arrepentimiento, y a pesar de eso, no lo pondré primero por esta razón. Cuando estoy hablando de la fe, lo hago en el sentido que la usaba el apóstol Pablo: fe en el Señor Jesucristo, no una fe en general. Tiene que haber fe en general antes de que uno pueda arrepentirse, porque si uno no cree ciertas cosas acerca de Dios, no entra en acción, y no hay arrepentimiento. Pero me estoy refiriendo a la fe en el sentido especial de fe en el Señor Jesucristo. En ese caso, el arrepentimiento se manifiesta antes que la fe y Pablo los coloca en ese orden: “Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”.

¿Por qué tiene que haber primero arrepentimiento? Pues bien, siempre lo encontramos primero en las Escrituras. ¿Quién fue el primer predicador en el Nuevo Testamento? La respuesta es Juan el Bautista.

¹ **postulamos** – postular: afirmar la existencia de algo; tomar como base para discusión.

¿Qué predicaba? El “bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” (Mar. 1:4). Este era el mensaje del precursor, y el precursor siempre se manifiesta primero. El segundo predicador fue el Señor Jesucristo, y si lee usted los Evangelios y observa lo primero que dijo, encontrará que también él exhortaba al pueblo a arrepentirse y creer en el evangelio (Mar. 1:15). Entonces, exactamente como Juan el Bautista, lo primero que enseñó fue el arrepentimiento.

Después, ¿qué predicó Pedro? Tome el gran sermón del día de Pentecostés en Hechos 2. Pedro predicó y el pueblo clamó diciendo: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”. Esta fue la respuesta: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch. 2:37-38). Arrepentíos. Y, como ya lo he mencionado, el arrepentimiento era el mensaje del apóstol Pablo. Empezaba con el arrepentimiento. Lo hizo en Atenas: Dios “manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hch. 17:30).

El arrepentimiento es necesariamente el primer mensaje, y tiene que serlo. Es bíblico, sí, pero la Biblia también nos capacita para razonar. Permítame decirlo así: ¿Por qué deben los hombres y mujeres creer en el Señor Jesucristo? Es incorrecto pedirles meramente que crean en Cristo. Tienen el derecho de preguntar: “¿Por qué debo creer en él?” Es una pregunta muy lógica. Y la gente no ve ninguna necesidad de creer en el Señor Jesucristo si no saben lo que es el arrepentimiento. Es cierto que uno puede invitarles a acudir a Cristo como colaborador, o amigo o un médico del cuerpo, pero eso no es conversión cristiana. No, no, las personas tienen que saber por qué tienen que creer en el Señor Jesucristo. La Ley es nuestro maestro (Gál. 3:24) para llevarnos a ese punto, y la Ley obra arrepentimiento.

En otras palabras, el punto principal de la conversión, lo principal de todo lo concerniente a la salvación cristiana es guiarnos a tener una relación correcta con Dios. ¿Para qué vino Cristo? ¿Para qué murió? La respuesta es que todo lo hizo para acercarnos a Dios. Y si pensamos en estas cosas de cualquier otra manera excepto en términos de estar reconciliados con Dios, nuestro concepto es totalmente equivocado. Lo digo con vacilación porque conozco el peligro de ser malinterpretado, pero me parece que hay demasiado cristianismo en la actualidad que se detiene con el Señor Jesucristo y no se percata de que vino e hizo todo a fin de reconciliarnos con Dios. Ciertamente, fue Dios quien estaba “en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19). Creo que la mayor debilidad en el cristianismo evangélico actual es que olvida a Dios. Estamos interesados en experiencias, estamos interesados en felicidad,

estamos interesados en estados subjetivos. Pero la primera necesidad de toda alma... es estar bien con Dios. Nada importa más que eso. El evangelio empieza con Dios, porque lo que anda mal con todos es que tienen una relación equivocada con él.

Entonces tenemos que poner el arrepentimiento primero. Es el problema original, la consecuencia principal de la Caída y el pecado original. Dios es ordenado en su obrar, y empieza con lo grande, con lo primero.

De "Conversion" en *Great Doctrines of the Bible, Vol. 2, God the Holy Spirit*
(Grandes doctrinas de la Biblia, Tomo 2, Dios el Espíritu Santo),
publicado por Crossway Books. Usado con permiso.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981) Quizá el más grande predicador expositivo del siglo XX. Dejó una exitosa carrera médica para ser predicador del evangelio. Sucesor de G. Campbell Morgan como pastor de Westminster Chapel, Londres, Inglaterra, 1938-68. Nació en Gales.



Una de las pruebas más seguras para aplicar a la profesión de fe es la actitud del corazón hacia el pecado. Donde ha sido plantado el principio de santidad, habrá necesariamente un aborrecimiento por todo lo que es impío.—*A. W. Pink*

CONVICCIÓN Y CONVERSIÓN

William S. Plumer (1802-1880)

Sería apropiado hacer aquí algunos comentarios generales que expliquen lo que el pecador piensa inmediatamente antes de su conversión.

Descubre que la Biblia revela los secretos de su alma, que discierne los pensamientos y las intenciones de su corazón. Está listo para decir “Vengan y vean un libro que me ha dicho todas las cosas que he hecho”. En momentos como ese, la Palabra de Dios es como un espejo en que el hombre contempla su rostro natural. Refleja su imagen y le muestra sus tristes deficiencias y su gran deformidad. Descubre que su corazón es excesivamente depravado. Está convencido de que las ideas de los pensamientos de su corazón son siempre hacia el mal. En este estado de ánimo, David comparó sus dolores a “huesos que has quebrantado” (Sal. 51:8, NVI). Si alguna vez se ha roto un hueso, quizá tenga una idea de lo que se siente en este caso. Uno no hace más que pensar en eso día y noche. Por un momento, la compañía de alguien parece distraerlo de sus pensamientos, pero pronto estos vuelven al hueso roto. Cuando se despierta a media noche, piensa inmediatamente en la parte lesionada. Todo intento de pensar en otra cosa es inútil. En otro lugar David dice: “Mi pecado está siempre delante de mí” (Sal. 51:3). Su mente permanecía enfocada en sus transgresiones. Como un numeroso ejército de hombres, pasaban continuamente en revista solemne. En este estado de ánimo, uno siente que Dios tiene derecho a tener misericordia de quien quiera tener misericordia, y tener compasión por quien quiera tener compasión. Sea cual fuere su teoría sobre el tema, su convicción profunda es que sin temor a equivocarse, Dios puede negar todas las bendiciones de la salvación. Sí, siente que Dios tendría razón en condenarlo para siempre y sería comprensible que lo expulsara a las tinieblas.

A veces el que se encuentra en este estado es acosado con pensamientos impíos y hasta blasfemos. El objeto del tentador parece ser desterrar toda esperanza de reconciliación con Dios. A veces le sucede a un alma parecida a la del joven del cual leemos: “Y mientras se acercaba el muchacho, el demonio le derribó y le sacudió” (Luc. 9:42). Cuando su presa está a punto de serle quitada, el viejo león se enfurece hasta el máximo. No puede soportar ser testigo de que se escape una sola alma.

El que pasa por esto descubrirá que lo que hasta ahora creía de la Biblia ya no sirve. Ha sido meramente histórica¹, fría e impotente. O ha sido la fe de los demonios y no ha hecho más que llenar su alma de terror. Ahora siente la necesidad de una fe que es “mediante el poder de Dios” (Col. 2:12). Y aun en el acto de rendirse que está por realizar, hay tanta timidez y un sentimiento de deshonra que por lo general lo más que puede decir es: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Mar. 9:24). Aun los conversos jóvenes rara vez acuden al trono de gracia con arrojo.

El que ha avanzado a este punto probablemente sea atacado aún más por el maligno. A los hebreos nunca les fue tan mal como justo antes de partir de Egipto, y nunca fueron más aborrecidos que cuando iniciaron su marcha hacia Canaán. El que ha llegado a este punto, queda tristemente decepcionado porque las medidas que ha tomado para su alivio no han hecho más que hundirlo más profundamente en su desgracia. Como aquella mujer en el Evangelio, ha gastado todo su dinero en médicos y no ha mejorado, sino empeorado. Orar, escuchar la Palabra, leer, conversar y hacer resoluciones han resultado ser ineficaces. Y todavía peor, han traído más ira al alma por el pecado que los acompaña.

En este estado uno puede adoptar las palabras del salmista: “Porque mi alma está hastiada de males... Soy como hombre sin fuerza... Me has puesto en el hoyo profundo, en tinieblas, en lugares profundos... Sobre mí reposa tu ira, y me has afligido con todas tus ondas... Encerrado estoy, y no puedo salir... Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción... ¿Por qué, oh Jehová, desechas mi alma? ¿Por qué escondes de mí tu rostro?... Me oprimen tus terrores” (Salmo 88:3. 4. 6. 7. 9, 14, 16). Siente que Dios tiene que ayudarle o morirá en sus pecados. Como Pedro cuando se hundía, dice: “¡Señor, sálvame!” (Mat. 14:30). O como Ezequías, exclama: “Alzaba en alto mis ojos. Jehová, violencia padezco; fortaléceme” (Isa. 38:14).

Un hombre así se acongoja porque no se puede acongojar, gime porque no puede gemir y llora porque no puede llorar. Está asombrado de su culpabilidad y de la dureza de su corazón. Está convencido que en su caso es necesario un cambio total en su corazón para ser feliz aquí y en el más allá. También reconoce que si va a ser salvo, tiene que ser por un acto de la gracia libre, rica y soberana. Su habilidad de la cual alardeaba no vale nada. Su fuerza es debilidad. Sus méritos ahora ni se mencionan. Siente que no merece nada bueno. Su justicia es como trapos inmundos. Está listo para presentarse ante el Señor con expresiones de auto condenación.

¹ **histórica** – una fe natural interesada únicamente en eventos históricos, a distinción de la fe producida por el Espíritu Santo que le hace posible al pecador creer al evangelio.

Su estado mental es de convicción, que siempre involucra un sentimiento de cinco cosas: pecaminosidad, culpabilidad, ignorancia, impotencia y sufrimiento. Esta convicción, por supuesto, no es igual de aguda en todos los casos. No necesariamente va acompañada de angustias o terrores, pero es una percepción clara del estado de uno que demanda el remedio que brinda el evangelio. Si el obrar de la convicción continuara y no pasara de eso, y la esperanza nunca llegara para alivio del alma, el resultado sería el impenetrable desconsuelo de la desesperación, como sucede con los que son condenados. El que un hombre vea su estado perdido y no vea al Salvador... causa que sea un desesperado en el gobierno de Dios. Con frecuencia, el pecador anhela que sus convicciones puedan continuar, porque las considera como castigos del pecado, castigos que bien merece. Si fuera por él, ni vendría a Cristo. Si pudiera llorar y lamentarse y sufrir y ser destrozado como desea, estaría satisfecho sin ninguna otra expiación que la que él hizo de esta manera. Por lo menos, no buscaría otra. Pero Dios, en todos sus tratos con él, tiene el plan de afianzarlo en la fe de Cristo, que por medio de la Ley pueda morir a la Ley a fin de poder estar desposado con Cristo.

Si uno le pregunta a alguien así si piensa que está bajo convicción, probablemente respondería que no. Sus conceptos sobre ese tema serían muy imprecisos y errados. De hecho, no tiene una idea clara de qué es la convicción, excepto que cree que es un paso hacia la salvación. Piensa que no tiene ningún sentimiento que lo prepare para un cambio. Le parece que está perdiendo terreno en lugar de ganarlo.

Más se va acercando a la salvación, más lejos le parece estar. La hora más negra es justo antes del amanecer. Fue a medianoche que Faraón dejó ir a Israel (Éxo. 12:30-31). En su escrito *Almost Christian*² (Casi cristiano), el autor da una advertencia inicial: “Nunca descansa en sus convicciones hasta que terminen en una conversión. Es aquí donde falla la mayoría de los hombres; descansa en sus convicciones y las toma por convicción, como si el pecado percibido fuera por lo tanto pecado perdonado o como si ver la necesidad de gracia fuera en verdad una obra de gracia”. Una convicción, por más profunda y angustiante que sea, no es salvadora.

De *Vital Godliness* (Devoción vital) reimpresso por Sprinkle Publications



² *The Almost Christian Discovered* (El casi cristiano descubierto) – por el autor puritano Matthew Mead (1629-1699), reimpresso por Soli Deo Gloria Publishers. La versión en folleto, “Almost a Christian” (Casi un cristiano”), disponible de Chapel Library.

ARREPENTIMIENTO Y CONVERSIÓN

William S. Plumer (1802-1880)

El arrepentimiento pertenece exclusivamente a la religión de pecadores. No corresponde en los ejercicios de criaturas no caídas. El que nunca ha cometido una acción pecaminosa ni ha tenido una naturaleza pecaminosa tampoco necesita ser perdonado. En cambio, los pecadores necesitan todas estas bendiciones. Para ellos son indispensables. La maldad del corazón humano lo hace necesario.

Bajo todas las dispensaciones¹, desde que nuestros primeros padres fueran expulsados del Jardín del Edén, Dios ha insistido en el arrepentimiento. Entre los patriarcas, Job dijo: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:6). Bajo la Ley, David escribió los salmos treinta y dos y cincuenta y uno. Juan el Bautista clamaba: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2). La descripción de Cristo de sí mismo es que: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mar. 2:17). Justo antes de su ascensión, Cristo mandó: “Que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Luc. 24:47). Y los apóstoles enseñaron la misma doctrina “testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hech. 20:21). De modo que cualquier sistema de religión entre los hombres que no incluye el arrepentimiento es falso... Esta doctrina no estará por demás mientras exista el mundo.

Aunque el arrepentimiento es un deber obvio y demandado con frecuencia, no puede ser llevado a cabo verdadera y aceptablemente excepto por la gracia de Dios. Es un regalo del cielo. Pablo le instruye a Timoteo que con mansedumbre instruya a los que se oponen a ellos: “Por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad” (2 Tim. 2:25). Cristo es exaltado como un Príncipe y un Salvador “para dar... arrepentimiento” (Hch. 5:31). Por eso, cuando los paganos eran salvos, la iglesia glorificaba a Dios, diciendo: “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!!” (Hch. 11:18). Todo esto coincide con el tenor de las promesas del Antiguo Testamento. Allí Dios dice que él hará esta obra por nosotros y en nosotros. Escuchen

¹ **dispensaciones** – la disposición de los eventos por la providencia de Dios.

sus palabras llenas de gracia: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Eze. 36:26, 27). Por lo tanto, el verdadero arrepentimiento es una misericordia especial del Señor. Él lo da. No procede de ningún otro. Es imposible que la pobre naturaleza caída se levante a sí misma por sus propias fuerzas como para realmente arrepentirse. El corazón está aferrado a sus propios caminos y justifica sus propias trayectorias pecaminosas con una obstinación incurable hasta que la gracia divina realiza el cambio. Ninguna motivación para hacer el bien es lo suficientemente fuerte para vencer la depravación del corazón natural del hombre. Si alguna vez hemos de lograr su gracia, tiene que ser por el gran amor de Dios a los hombres que perecen.

Aún así, el arrepentimiento es muy razonable. Nadie actúa sabiamente hasta que se arrepiente. Cuando el hijo pródigo volvió en sí, fue directamente a su padre. Es tan obviamente correcto que el que ha hecho lo malo esté tan absolutamente arrepentido de ello que no lo vuelva a hacer, que algunos infieles han asegurado que la religión natural, sin la Biblia, ya enseña todo lo necesario sobre el arrepentimiento. Pero esto es un error. La verdadera doctrina del arrepentimiento no se entiende en ninguna otra parte más que en los países cristianos, y ni siquiera allí lo creen los incrédulos. Además, lo que se requiere de nosotros puede ser muy razonable, y aún así muy repugnante para el corazón de los hombres. Cuando se nos llama a hacer algo que somos renuentes a hacer, nos convencemos fácilmente que es irrazonable que quieran que lo hagamos. Por lo tanto, nos es siempre provechoso tener un mandato obligatorio de Dios que nos toca la conciencia. Es realmente benevolente por parte de Dios hablarnos con tanta autoridad sobre este tema. Dios “ahora manda a todos los hombre en todo lugar, que se arrepientan” (Hch. 17:30). La razón del mandato es que todos los hombres en todas partes son pecadores. Nuestro bendito Salvador era sin pecado, y por supuesto, no se podía arrepentir. Con esa sola excepción, desde la Caída no ha habido ni un justo que no necesitara arrepentimiento. Y nadie es más digno de lástima que esos pobres que se engañan a sí mismos no viendo en su corazón y su vida nada de lo cual arrepentirse.

Pero, ¿qué es el *verdadero arrepentimiento*? Esta es una pregunta de suma importancia. Merece nuestra cuidadosa atención. La siguiente es probablemente una definición tan buena como jamás se haya dado. “El arrepentimiento para vida es una gracia evangélica por la cual un pecador... se aflige por sus pecados y los odia, movido no sólo por la vista y el sentimiento del peligro, sino también por lo inmundo y

aborrecible de ellos que son contrarios a la santa naturaleza y a la justa ley de Dios. Y al comprender la misericordia de Dios en Cristo para los que están arrepentidos, se aflige y odia sus pecados, de manera que se vuelve de todos ellos hacia Dios, proponiéndose y esforzándose para andar con él en todos los caminos de sus mandamientos”². Que esta definición es válida y bíblica se va haciendo cada vez más claro a medida que se examina más a fondo. El verdadero arrepentimiento es dolor por el pecado, que termina en una reforma. Meramente lamentarse no es arrepentimiento, tampoco lo es solo una reforma exterior. No es una imitación de la virtud, es la virtud misma...

Aquel que realmente se arrepiente, siente, principalmente, dolor por sus *pecados*. Aquel cuyo arrepentimiento es superficial, se preocupa principalmente de sus *consecuencias*. El primero lamenta principalmente que ha *hecho* el mal; el último que ha *incurrido en* el mal. Uno se lamenta profundamente de que merece castigo; el otro que tiene que sufrir un castigo. Uno aprueba la Ley que lo condena; el otro piensa que lo tratan con dureza, y que la Ley es rigurosa. Al arrepentido sincero, el pecado le parece extremadamente pecaminoso; para el que siente pesar de un tipo mundano, el pecado, en cierta forma, le resulta agradable. Se lamenta que sea prohibido. Uno dice que es cosa impía y amarga pecar contra Dios, aun si no va seguido de castigo. El otro, no ve nada de malo en una transgresión si no va seguida por dolorosas consecuencias. Si no hubiera infierno, el primero todavía querría ser liberado del pecado. Si no hubiera retribución, el otro pecaría con más ganas. El verdaderamente arrepentido es principalmente adverso al pecado porque es una ofensa contra Dios. Esto abarca todos los pecados de toda descripción. Pero a menudo se ha observado que dos clases de pecados parecen pesarle mucho a la conciencia de aquel cuyo arrepentimiento es según lo que Dios establece. Estos son pecados *secretos* y pecados de *omisión*. Pero, en un arrepentimiento superficial la mente se inclina a enfocarse en los pecados *públicos* y en los pecados de *comisión*. El arrepentido auténtico conoce la plaga de un corazón impío y de una vida sin fruto. El arrepentido superficial no se preocupa del estado del corazón, más bien se preocupa de que su comportamiento pueda arruinar lo que aparenta ser o su reputación.

Es cierto que muchas veces algún pecado en particular es muy prominente en los pensamientos del verdaderamente arrepentido. Pedro lloró amargamente por haber negado a su Señor. David dice acerca del asunto con Urías: “Mi pecado está siempre delante de mí” (Sal. 51:3). Sobre estas palabras, Lutero dice: “Es decir, mi pecado me obsesiona, no

² *Confesión de Fe de Westminster* 15.1, 2.

me deja tranquilo, ni en paz; cuando como o bebo, dormido o despierto, estoy siempre aterrado por la ira y el juicio de Dios”. Y con cuánta frecuencia y con cuánto arrepentimiento se refiere Pablo al gran pecado de su vida: el homicidio de los santos... Pero aunque un pecado sea el primero o el que llene más profundamente la mente, en el verdadero arrepentimiento la mente no se queda allí. La mujer samaritana fue primero hallada culpable de vivir con un hombre que no era su esposo. Pero luego dice que Cristo le dijo todas las cosas que alguna vez había hecho. En el día de Pentecostés, Pedro se esforzó por convencer a sus oyentes de la culpa de ellos por la muerte de Cristo. En esto tuvo bastante éxito. El resultado fue que se arrepintieron de todo pecado y se convirtieron a Dios. “Aquel que se arrepiente del pecado como pecado, se arrepiente implícitamente de todo pecado”. En cuanto descubre muy claramente la naturaleza pecaminosa de algo, lo aborrece. Un pensamiento impío, no menos que una palabra vil o una mala acción, es aborrecible para el verdaderamente arrepentido. La promesa dice: “Y se avergonzarán de sí mismos, a causa de los males que hicieron en todas sus abominaciones”. Tanto que si ni hubiera en el universo más seres que Dios y el verdaderamente arrepentido, tendría los mismos sentimientos de dolor y humillación que tiene ahora. Y si en lugar de innumerables ofensas tuviera conciencia de comparativamente pocas, la naturaleza de sus procesos mentales sería la misma que ahora. Por lo tanto, es cierto que el que honestamente se arrepiente de pecado, se arrepiente de todo pecado. Cambiar un pecado por otro, aun si fuera menos burdo o más secreto, no es más que renunciar a un enemigo de Dios para formar una alianza con otro.

El arrepentido auténtico tampoco teme humillarse demasiado. No mide los grados de auto humillación delante de Dios. Tomaría el lugar más bajo. Dice: “He aquí que soy vil; ¿qué te responderé?” (Job 40:4). “Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos” (Sal. 69:5). “Todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia” (Isa. 64:6). “JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?” (Sal. 130:3). “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones” (Sal. 51:1). No es natural que el que está genuinamente humillado de corazón delante de Dios sea cuidadoso de no postrarse demasiado en el polvo. El gran temor es, después de todo, ser orgulloso y autosuficiente.

El verdadero arrepentimiento también lleva en sí mucha vergüenza. Esto tiene que ver no solo con crímenes públicos y vergonzosos, sino también con crímenes secretos, pensamientos vanos y fantasías malignas: “Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi

rostro a ti” (Esd. 9:6); “Muestra a la casa de Israel esta casa [templo] y avergüencense de sus pecados” (Eze. 43:10). El que no se sonroja por sus pecados nunca se ha avergonzado realmente de ellos, nunca los ha dejado de verdad y de corazón... Ni esta vergüenza desaparece con la esperanza de perdón, sino que más bien por ella aumenta. Por eso Dios dice: “Estableceré contigo un pacto sempiterno. Y te acordarás de tus caminos y te avergonzarás... sino por mi pacto que yo confirmaré contigo; y sabrás que yo soy Jehová; para que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca, a causa de tu vergüenza, cuando yo perdone todo lo que hiciste, dice Jehová el Señor” (Esd. 16:60b, 61^a, 62-63). Sobre este punto la experiencia cristiana universal coincide plenamente con la Palabra de Dios. Pablo nunca se perdonó por sus crueles persecuciones. Pedro nunca dejó de tener vergüenza por su cobarde negación de nuestro Señor. David nunca dejó de avergonzarse por su conducta vil.

El arrepentido auténtico también se reforma. Una vida santa es el fruto invariable de un arrepentimiento genuino: “Si hice mal, no lo haré más” (Job 34:32)... Cuando Efraín se arrepintió sinceramente, renunció totalmente a la idolatría, diciendo: “¿Qué más tendré ya con los ídolos?” (Ose. 14:8). El que no confiesa realmente el pecado no lo abandona. El que aborrece el pecado se aparta de él. No era la costumbre de David cometer homicidios y adulterios, aunque una vez hiciera ambos; ni de Pedro negar a su Señor, y maldecir, aunque una vez fue culpable de las dos cosas. El verdadero arrepentido no está dispuesto a estar siempre pecando y arrepintiéndose. Leemos con frecuencia “obras dignas de arrepentimiento” o “frutos dignos de arrepentimiento”. Pablo habiendo dicho que “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Cor.7:10) da una descripción muy viva de los efectos del verdadero arrepentimiento: “Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación!!” (2 Cor. 7:11).

El arrepentimiento auténtico también toma sus motivaciones principales de los aspectos más benignos del carácter divino y de las dulces influencias de la cruz. No es tanto la severidad como la misericordia de Dios lo que ablanda el corazón. “Su benignidad te guía al arrepentimiento” (Rom. 2:4). El corazón se ablanda cuando ve la bondad de Dios y su propia vileza. Nadie sino un alma no tocada por el dedo de Dios, querría ser malo porque Dios es bueno, o consentir a una carrera de necesidades porque el Señor es misericordioso. El arrepentimiento para vida considera invariablemente no solo la bondad

de Dios en la creación y sus providencias, sino que tiene un aprecio especial por la obra de redención “Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (Zac. 12:10). Esto se menciona especialmente como la razón del arrepentimiento de los tres mil el día de Pentecostés. Y lo sigue siendo. Nada quebranta el corazón más que contemplar al Cristo crucificado. Esto se hace solo por la fe. No puede haber arrepentimiento evangélico sin fe salvadora. De hecho, “las verdaderas lágrimas de arrepentimiento fluyen del ojo de fe”. “Arrepentíos y creed el evangelio” no son cosas separadas, aunque sean deberes distintos. El que sinceramente hace lo uno nunca omite lo otro. El que carece de una de estas gracias nunca logra la otra. Por lo tanto, el arrepentimiento auténtico siempre está también ligado al amor.

De *Vital Godliness* reimpresso por Sprinkle Publications

William S. Plumer (1802-1880): Pastor presbiteriano norteamericano y graduado de Old Princeton. Se ha dicho que entre los escritores reformados del siglo XIX, “ninguno fue más acertado en su doctrina y práctico en su realismo”; conocido preeminentemente como un predicador del evangelio.



FE Y CONVERSIÓN

William S. Plumer (1802-1880)

A través de las Escrituras se nota un gran énfasis en la fe. En decenas de pasajes su necesidad absoluta se declarada explícitamente. La experiencia cristiana coincide totalmente con la Palabra de Dios. El nuevo convertido no tenía ni esperanza ni gozo hasta que creyó. Cuando su fe es débil, manifiesta gran inestabilidad. Pero a medida que su fe aumenta, se va haciendo más fuerte hasta que, sin desanimarse, exclama: “Aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13:15). Los cristianos maduros hablan mucho de la fe y siempre les encanta que la verdad relacionada con ella les sea explicada con claridad.

Pero, ¿qué es la fe sobre la cual tanto insisten las Escrituras? Esta es una cuestión de suma importancia. Un error en relación con esto afectará toda nuestra vida religiosa. La fe es humana o divina. Dependemos de la fe humana para creer lo que dicen los hombres. Esto lo hacemos por la constitución de nuestra mente. Es por esto que los niños confían en lo que sus padres les dicen. La fe humana se limita correctamente a las cosas de las cuales no ha hablado Dios. Su fundamento es el testimonio cristiano. La fe divina depende del testimonio de Dios. Conciérne las cosas reveladas desde el cielo...

La fe del pueblo de Dios se relaciona con cosas pasadas, presentes y por venir. Cree que Dios hizo al mundo. Allí está el *pasado*. Cree que Dios es. Allí está el *presente*. Cree que habrá un Día del Juicio. Allí está el *futuro*. Tampoco son estas y otras verdades reveladas creídas por diferentes clases de fe, sino que todas por una misma fe. Así como con los ojos miramos al este, al oeste, al norte y al sur, a objetos lejanos o cercanos, de la misma manera con los mismos ojos de la fe miramos cosas de miles de años pasados o miles de años por venir, o cosas que existen ahora en el mundo invisible. En la antigüedad, por miles de años, los fieles creían en un Salvador que vendría. Ahora, por casi dos mil años el pueblo de Dios ha creído en un Salvador que vino. En todos estos casos la fe era la misma en principio y también en sus efectos.

La *Confesión de Westminster* dice: “La gracia de la fe, por la cual se capacita a los elegidos para creer para la salvación de sus almas, es la obra del Espíritu de Cristo en sus corazones, y es hecha ordinariamente por el ministerio de la palabra; también por la cual, y por la administración de los sacramentos y por la oración, se aumenta y se fortalece. Por esta fe, un cristiano cree que es verdadera cada cosa

revelada en la Palabra, porque la autoridad de Dios mismo habla sobre esto, produciendo obediencia hacia los mandamientos, temblor ante las amenazas, y un aferrarse a las promesas de Dios para esta vida y para la que ha de venir. Pero los principales hechos de la fe salvadora son aceptar, recibir y descansar sólo en Cristo para la justificación, santificación y vida eterna, por virtud del pacto de gracia. Esta fe es diferente en grados: débil o fuerte. Puede ser atacada y debilitada frecuentemente y de muchas maneras, pero resulta victoriosa, creciendo en muchos hasta obtener la completa seguridad a través de Cristo, quien es tanto el autor como el consumidor de nuestra fe”¹. Una breve consideración de esta afirmación de fe mostrará qué llena, completa y bíblica es.

Lo primero que afirma es que la fe salvadora no es terrenal, sino celestial en su origen; que no es del hombre, sino de Dios. Le fe es el don de Dios: “Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él” (Fil. 1:29). “Dios repartió a cada uno”... “una medida de fe” (Rom. 12:3). Cuando: “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mat. 16:16-17). Esta fe se adjudica particularmente al Espíritu Santo como su Autor. Él la produce en el corazón. Así lo dicen las Escrituras: “El fruto del Espíritu es... fe” (Gál. 5:22). “A otro, [es dada] fe por el mismo Espíritu” (1 Cor. 12:19). “Teniendo el mismo espíritu de fe... creí” (2 Cor. 4:13). La razón por la cual la fe salvadora permanece es porque es la semilla incorruptible de Dios.

Seguidamente dice que al obrar su fe en nosotros, Dios honra su Palabra como el instrumento común para hacerlo. Con esto también coinciden muy bien las Escrituras: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?... Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” (Rom. 10:14, 17). “Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Cor. 1:21). Este es el fundamento de todo nuestro denuedo al proclamar el evangelio. Aquello que es sembrado en la debilidad del hombre es levantado en la energía poderosa del Espíritu Santo. Con razón fluyen resultados tan felices cuando se proclama el evangelio toda vez que va acompañado del Espíritu de Dios. Es este el poder de Dios para salvación de todo aquel que cree. “Los llamados de Dios en su gracia son también instrumentos eficaces”.

¹ *Confesión de Fe de Westminster* 14.1-3.

En forma similar, esta fe es alimentada principalmente por el ministerio de la Palabra y otras ordenanzas, y por la oración. “Auméntanos la fe” (Luc. 15:5). El bautismo de agua es eficaz cuando va acompañado del bautismo del Espíritu Santo. El partimiento del pan y el beber el vino son medios de nutrición a todos aquellos que beben espiritualmente de la Roca que les sigue —Cristo—, el Hijo de Dios, y quienes por fe comen el pan verdadero que baja del cielo. Todos los santos anhelan la leche sincera de la Palabra para poder crecer por medio de ella.

La fe auténtica respeta toda la Palabra de Dios. Recibe sus narraciones, promesas, amenazas, doctrinas, preceptos, advertencias, palabras de aliento, tal como fueron designados a ser recibidos. Obedece los mandatos de Dios. Estos fueron dados con ese propósito. Teme sus amenazas. Tiembla ante su Palabra. Confía en sus promesas, tanto con respecto a esta vida como la venidera. Tiene en cuenta las advertencias de los muchos lugares en las Escrituras. Se regocija con las palabras bíblicas de aliento. Depende de la Palabra de Dios como un testimonio infalible. Sea lo que sea que dice Dios, la fe lo cree. Recibe todo lo que ha dicho. La Palabra de Dios vive y permanece para siempre. Por ello la fe la recibe como su Palabra y no como una palabra del hombre. Su autoridad es perfecta.

Pero la fe salvadora se refiere especialmente a Cristo. Así lo enseñan con frecuencia las Escrituras: “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Juan 5:5). “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Juan 5:9-11). “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hch 16:31). “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36). “El que en él cree, no es condenado” (Juan 3:18). En la Palabra de Dios, el tema grandioso es Cristo Jesús “el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Apoc. 19:10). Si negar al Padre es fatal, también lo es negar al Hijo. Si rechazar al Espíritu de gracia significa perder el alma, rechazar a Cristo como el Salvador hace que la destrucción sea inevitable. Pero recibir a Cristo, descansar en él, confiar en él, venir a él, huir a él para encontrar refugio, tomarlo como nuestro Sacrificio, como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey, y hacerlo de todo corazón, es el gran oficio de la fe salvadora.

La fe no tiene la misma fuerza en todos los creyentes, ni en el mismo creyente en todo momento. Leemos acerca del “que es débil en la fe”, de

“poca fe” y de “much fe”. La fe crece por la bendición divina. La fe de algunos crece “sobremanera”. Todo discípulo auténtico dice “Creo; ayuda mi incredulidad” (Mar. 9:24). Al final gana cada victoria que necesita ganar. En algunos casos madura hasta tener una seguridad total. Todo esto es a través de Cristo, quien inicia, continúa y perfecciona la obra de la fe en nosotros por su Espíritu y gracia.

Todo este concepto de la fe concuerda consigo misma y con todas las Escrituras. Explica muchas cosas que de otra manera nos parecerían enigmáticas.

Primero, vemos por qué la fe siempre fue y siempre será necesaria: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín” (Heb. 11:4). Esta era la religión de aquellos primeros tiempos. “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Luc. 18:8). Esta será la religión de los últimos tiempos. La razón por la que ningún hombre jamás podrá complacer a Dios sin fe, es que la incredulidad a cada paso hace a un lado todo lo que Dios ha dicho y hecho para la salvación del hombre. Cualquiera que quiera ser salvo siendo incrédulo, desdeñaría perpetuamente todos los planes del cielo para la recuperación de los perdidos.

También vemos qué razonable es que se requiera fe de nosotros: “Tened fe en Dios” (Mar. 11:22). “Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros” (2 Cró. 20:20). “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Juan 6:29). “No seas incrédulo, sino creyente” (Juan 20:27). Estos son solo muestras de los tonos de autoridad con que nos habla Dios sobre este tema. No podría ser menos si busca nuestro bien. Dejarnos vivir en la incredulidad sería aprobar todo pecado.

También podemos ahora comprender por qué la mente de las personas verdaderamente religiosas están tan prontas para aceptar la gracia y misericordia que Dios ofrece. Creyendo todo lo que Dios dice, por supuesto aceptan como cierto todo lo que él ha alegado acerca de la condición caída y depravada del hombre. En otras palabras, descubren que son pecadores, perdidos, culpables, viles e impotentes. A los tales, el evangelio es *siempre* buenas nuevas. Para el pobre pecador bajo convicción es realmente pasar de la muerte a la vida, ver abierta de par en par la puerta y a Cristo de pie, pronto para recibir a todos los que vienen a él...

Y la fe, desde la más sencilla hasta la más fuerte, no es irracional, ni necia. No hay hombre que actúe con tanta sabiduría como el que cree implícitamente a Dios. Abraham nunca mostró que sus facultades estaban tan bien reguladas y ordenadas como cuando fue directamente hacia adelante a fin de cumplir el sacrificio de Isaac que Dios le había

pedido. No preguntó las razones, no mencionó ninguna dificultad; simplemente hizo lo que le había sido mandado y no tropezó por incredulidad. La razón por la cual la fe es tan sabia es que deposita su confianza en Dios, quien no puede mentir, no puede cambiar, no puede fallar, no puede ser engañado, no puede ser burlado ni sorprendido; que ve el final desde el principio, que ama más allá de todos los nombres del amor conocidos por los mortales o aun los ángeles; un Dios y Salvador que nunca pisoteó un corazón quebrantado, que nunca desdeñó el clamor del humilde, que nunca dejó morir en sus pecados al arrepentido y quien infaliblemente llevará a la gloria eterna a todos los que se refugian en la sangre expiatoria...

La siguiente es una buena definición: “La fe que justifica es una gracia salvadora, operada en el corazón del pecador por el Espíritu y la palabra de Dios, por la cual él, teniendo convicción de su pecado y su desgracia, y de la incapacidad de sí mismo y de otras criaturas de liberarse de su estado de perdición, no solamente acepta la verdad de la promesa del evangelio, sino que también recibe a Cristo y descansa en él y en su justicia que se le ofreció para el perdón del pecado, y para la aceptación y estimación de su persona como justa delante de Dios para salvación”².

Sin hacer más comparaciones formales sobre este tema, podemos decir que los escritores eruditos coinciden totalmente con la Escrituras al representar la fe como una acción sencilla de la mente, en que tanto la comprensión como la voluntad están unidas; que la luz del conocimiento la precede en lo que se refiere a revelar la mente de Dios, y por lo tanto no es ciega e ingenua, sino sobria, vigilante e inteligente; y que es el fruto de su caluroso cariño, y por lo tanto no es fría, especuladora y sin efecto práctico...

Los efectos de la fe salvadora son muchos y de gran valor. De cierto, son tan importantes que sin ellos la salvación es imposible.

1. La fe auténtica es el instrumento de la justificación del pecador ante Dios. Así lo enseña abundantemente la Biblia: “El justo por la fe vivirá” (Hab. 2:4; Rom. 1:17; Gál. 3:11; Heb. 10:38). Abraham “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Gén. 15:6; Rom. 4:3; Gál. 3:6; Stg. 2:23). “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1). “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Rom. 3:28). “Pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gál. 2:21). He aquí el resultado grandioso, el pecado es perdonado y el pecador es

² *Catecismo Mayor de Westminster* P. 72.

aceptado sencillamente por creer en él que es el fin de la Ley para justicia para todo aquel que cree. Esto es ciertamente un misterio y una ofensa para muchos...

2. La adopción es también por fe. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gál. 3:26). Qué efecto maravilloso es este: un hijo del demonio se convierte en un hijo de Dios, un heredero de perdición es cambiado a un heredero de gloria, y todo por la seguridad en la Palabra de Dios y por la confianza en la Persona y los méritos de Jesucristo. Con razón los creyentes siempre han celebrado las maravillas de la fe.

3. Además de obtener la justificación y adopción, también por fe somos hechos partícipes del Espíritu Santo para todos los fines de iluminación, santificación y aliento en el Señor. Cristo dice: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” (Juan 7:37-39). No hay éxito, progreso ni consuelo en la religión que no sea por este Espíritu bendito. Recibirlo en la plenitud de su gracia es asegurar las arras de toda cosa buena, la promesa del cielo mismo. “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Rom. 8:9). Pero si el hombre tiene el Espíritu de Cristo, no existe nada que pueda probar que sea un condenado, reprobado, enemigo.

4. La fe salvadora es una señal infalible de regeneración. Nadie jamás ha creído esto más que los que “son engendrados, no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:13). “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios” (1 Juan 5:1). Siendo nuestra fe genuina, nuestra regeneración ya no es dudosa...

5. El efecto poderoso de la fe auténtica en purificar el corazón está entre las bendiciones más trascendentales. Esto principalmente marca la diferencia entre la fe auténtica y la fe de los demonios. Despierta un aborrecimiento intenso por los pecados, aspiraciones por la santidad, esperanzas benditas de lograr una completa conformidad con Dios, y un propósito de hacer lo bueno, sea cual fuere el resultado. No hay una purificación eficaz del corazón si no es por la fe, por la fe que se aferra a Cristo y que obedece a la verdad. Hooker bien lo dice: “Hacer de un hombre malvado y pecador uno muy santo por medio de su creer, es más todavía que crear un mundo de la nada”.



SIETE COSAS PARA CONSIDERAR

A. W. Pink (1886-1952)

Primero, consideremos las causas y los medios de la salvación. Hay al menos siete cosas que coinciden con esta gran obra, pues todas ellas dicen, en algún pasaje u otro, que nos “salvan”. La salvación se atribuye al amor de Dios, a la expiación de Cristo y a las operaciones poderosas del Espíritu, a la instrumentación de la Palabra, a las labores del predicador, a la conversión del pecador, a las ordenanzas o sacramentos. El concepto de salvación que tienen en la actualidad los que profesan ser cristianos es tan superficial, tan estrecho, tan inadecuado. Por cierto, es tan grande la ignorancia que ahora prevalece que será mejor que ofrezcamos los versículos que prueban estas siete causas coincidentes, no sea que se nos acuse de errar en un tema tan vital.

La salvación se atribuye a Dios el Padre: “quien nos salvó y llamó con llamamiento santo” (2 Tim. 1:9), a causa de su amor selectivo en Cristo. Al Señor Jesús: “Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat. 1:21), a causa de sus méritos y cumplimiento. Al Espíritu Santo: “[quien] nos salvó... por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5), a causa de su todopoderosa eficacia y sus operaciones. A la instrumentación de la Palabra: “la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Stg. 1:21), porque nos da a conocer la gracia por la que podemos ser salvos. A las labores del predicador: “haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Tim. 4:16), a causa de su subordinación a la Palabra de Dios. A la conversión del pecador en el que ejercemos arrepentimiento y fe: “Sed salvos de esta perversa generación”, por el arrepentimiento del cual habla el versículo 38 (Hch. 2:40). “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe” (Ef. 2:8). A las ordenanzas o sacramentos: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva” (1 Ped. 3:21), porque sella la gracia de Dios en el corazón que cree. El amor y la sabiduría de Dios constituyen la causa principal, la primera impulsora de todas las demás causas que contribuyen a nuestra salvación.

De *The Doctrine of Human Depravity* (La doctrina de la depravación humana); reimpresso por Chapel Library.

A. W. Pink (1886-1952): Pastor y maestro de Biblia itinerante, prolífero autor de *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras). Nació en Gran Bretaña, emigró a los Estados Unidos y después volvió a su patria en 1934.

¿CREE USTED QUE SE HA CONVERTIDO?

J. C. Ryle (1816-1900)

“Así que, arrepentíos y convertíos” (Hechos 3:19)

El tema contenido en el título de este artículo es uno que se aplica a toda la humanidad. Le tiene que llegar a cada rango y clase, alta o baja, rica o pobre, a ancianos o a jóvenes, a letrados o a iletrados. Uno puede llegar al cielo sin dinero, sin rango o sin escuela. Nadie, por más sabio, rico, noble o hermoso que sea, llegará al cielo sin la CONVERSIÓN.

QUIERO DEMOSTRARLE QUE LA CONVERSIÓN ES UNA COSA NECESARIA. Este es un punto de gran importancia. Algunas personas eminentes de creer están muy dispuestas a admitir que la conversión es una verdad bíblica y una realidad, pero creen no es algo con lo que se debe presionar a la mayor parte de nuestro pueblo. Aceptan que los paganos necesitan la conversión. Admiten también que los ladrones, los caídos y los presos en las cárceles requieren conversión. Pero hablar de que la conversión es necesaria para la gente que asiste a la iglesia es hablar de cosas que no comprenden para nada. “A lo mejor tales personas, en algunos casos, necesitan una pequeña sacudida o que se les corrija. Quizá no sean todo lo bueno que debieran ser, les sería mejor prestar más atención a la religión, ipero no tiene usted derecho a decir que necesitan convertirse!”.

Este concepto, tristemente común, es una quimera. Es pura invención humana, sin un ápice de fundamento en la Palabra de Dios. *La Biblia enseña expresamente que el cambio de corazón llamado conversión es algo absolutamente necesario para todos.* Es necesario debido a la corrupción total de la naturaleza humana. Es necesario por la condición del corazón natural de cada persona. Todas las personas nacidas en el mundo, de todo rango y nación, tienen que pasar por un cambio de corazón entre la cuna y la tumba antes de poder ir al cielo. Todos, todos sin excepción, tienen que convertirse.

Sin la conversión del corazón no podemos servir a Dios en la tierra. Por naturaleza, no tenemos ni fe en Dios ni en su Hijo Jesucristo, ni temor de él, ni amor a él. No nos deleitamos en su Palabra. No nos gozamos en la oración o comunión con él. No disfrutamos de sus

ordenanzas, su casa, su pueblo o su día. Es posible que practiquemos una forma de cristianismo y observemos una serie de ceremonias y funciones religiosas. Pero sin la conversión no tenemos más corazón en nuestra religión que un ladrillo o una piedra. ¿Puede un cadáver servir a Dios? Sabemos que no. Pues bien, sin la conversión estamos muertos para Dios.

Mire a su alrededor, a la congregación con la que se reúne cada domingo. Note el poco interés que la gran mayoría demuestra en lo que está sucediendo. Observe la indolencia, apatía e indiferencia de la mayoría a todo lo relacionado con la iglesia. ¡Salta a la vista que sus corazones no están allí! Están pensando en otra cosa y no en la religión. Están pensando en los negocios, o el dinero, o los placeres, o los planes mundanos, o los sombreros, o la ropa, o los vestidos nuevos, o las diversiones. Sus cuerpos están presentes, pero no sus corazones. ¿Y cuál es la razón? ¿Qué es lo que todos necesitan? *Necesitan la conversión*. Sin ella, solo asisten a la iglesia con el fin de lucirse para luego salir de la iglesia y servir al mundo y sus pecados.

Pero esto no es todo. Sin la conversión del corazón no podríamos disfrutar del cielo, si acaso allí llegáramos. El cielo es un lugar donde la santidad reina suprema, y donde el pecado y el mundo no tienen parte. El compañerismo será todo santo; las actividades serán todas santas; será un Día del Señor eterno. Por supuesto que si vamos al cielo, tenemos que tener un corazón en armonía con él y capaz de disfrutarlo, de otra manera no seríamos felices. Tenemos que tener una naturaleza en armonía con el elemento en el cual vivimos y el lugar donde moramos. ¿Puede un pez ser feliz fuera del agua? Sabemos que no. Pues bien, sin la conversión de corazón no podríamos ser felices en el cielo.

Mire a su alrededor en el lugar donde vive y a las personas que conoce. ¡Piense en lo que muchas de ellas harían si se les privara para siempre de dinero, negocios, periódicos, cartas, deportes, carreras, cacerías y placeres mundanos! ¿Cómo serían? ¡Piense cómo se sentirían si se les encerrara para siempre con Jesucristo, los santos y los ángeles! ¿Serían felices? ¿Les sería placentera la compañía eterna de Moisés, David y San Pablo a aquellos que nunca se toman el trabajo de leer lo que estos hombres santos escribieron? ¿Serían las alabanzas eternas del cielo al gusto de aquellos que apenas pueden sacrificar unos minutos por semana para sus devociones privadas, aun para la oración? Hay solo una respuesta para todas estas preguntas. Tenemos que estar convertidos antes de poder disfrutar del cielo. El cielo no sería cielo para todo hijo de Adán sin la conversión.

No deje que nadie le engañe. Hay dos cosas que son absolutamente necesarias para la salvación de todos los hombres y mujeres sobre la tierra. Una es la obra mediadora de Cristo *por* nosotros; su expiación, el cumplimiento que hizo por el pecado y su intercesión. La otra es la obra de conversión del Espíritu *en* nosotros; su gracia guiadora, renovadora y santificadora. Tenemos que contar tanto con un título como con un corazón para el cielo. Los sacramentos son generalmente necesarios solo para los que ya son salvos; el hombre puede ser salvo sin ellos, como el ladrón arrepentido. Un interés en Cristo y en la conversión es absolutamente necesario, sin esto nadie puede ser salvo. Todos, todos por igual, personas eminentes o humildes, ricos o pobres, ancianos o jóvenes, educados o iletrados, gente de iglesia o disidentes, bautizados o no bautizados, tienen que convertirse o perecer. *No hay salvación sin conversión.* ES UNA COSA NECESARIA.

QUIERO DEMOSTRARLE QUE LA CONVERSIÓN ES UNA COSA POSIBLE. Creo que conozco los sentimientos que embargan la mente de muchos cuando leen las cosas que estoy escribiendo en este artículo. Se refugian en la idea de que semejante cambio como la conversión es imposible, excepto para algunos favorecidos. “Está muy bien”, argumentan, “que los pastores hablen de conversión; pero la cosa no se puede lograr; tenemos trabajo que atender, familias que mantener, negocios que cuidar. Es inútil esperar ahora milagros. No nos podemos convertir”. Los pensamientos como estos son muy comunes. Al diablo le encanta ponerlos delante de nosotros, y nuestros propios corazones perezosos están más que dispuestos a recibirlos, pero no pasan el examen. No me da temor afirmar que la conversión es algo posible. Si no lo fuera, no diría yo ni una palabra más.

Pero al decir esto, tendría temor a equivocarme. De ninguna manera quiero decir que cualquiera se puede convertir a sí mismo, cambiar su propio corazón, quitarse su propia naturaleza corrupta y darse un espíritu nuevo. No quiero decir nada que se le parezca. Antes esperaría que los huesos secos de Ezequiel volvieran a darse vida (Eze. 37:3). Lo único que quiero decir es que no hay nada en la Biblia, nada en Dios, nada en la condición del hombre que justifique que alguien diga: “Nunca podré convertirme”. No hay ningún hombre ni mujer sobre la tierra del cual se puede decir: “Su conversión es imposible”. Cualquiera, no importa lo pecador o endurecido que sea, cualquiera puede convertirse.

¿Por qué hablo con tanta seguridad? ¿Cómo es que puedo mirar alrededor del mundo y ver la desesperante impiedad que reina en él y aún así no darme por vencido de ningún alma viviente? ¿Cómo es que le

puedo decir a quien sea, por más inflexible, caído y malo que esté: “Tu caso tiene remedio: tú, hasta tú puedes convertirte”. Puedo hacerlo por las cosas que contiene el evangelio de Cristo. Es la gloria de ese evangelio que, bajo él, nada es imposible.

La conversión es algo posible por la omnipotencia del poder de nuestro Señor Jesucristo. En él hay vida. En sus manos están las llaves de la muerte y el infierno. Tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Él aviva a quien quiere (Juan 1:4; Apoc. 1:18; Mat. 28:18; Juan 5:21). Le es a él fácil crear nuevos corazones de la nada, tal como lo fue crear al mundo de la nada. Le es fácil dar aliento de vida espiritual a un corazón de piedra, muerto, tal como lo fue dar el aliento de vida al polvo del cual fue formado Adán y hacer de él un hombre viviente. No había nada que no podía hacer sobre la tierra. El viento, el mar, las enfermedades, la muerte, los demonios, todos eran obedientes a su palabra. No hay nada que no pueda hacer en el cielo a la diestra de Dios. Su mano es tan poderosa como siempre, su amor es tan grande como siempre. El Señor Jesucristo vive, y por lo tanto la conversión no es imposible.

Pero además de esto, la conversión es algo posible por la omnipotencia del poder del Espíritu Santo, a quien Cristo envía al corazón de todos que se ocupa de salvar. El mismo Espíritu divino, que colaboró con el Padre y el Hijo en la obra de creación, colabora especialmente en la obra de conversión. Es él quien transfiere vida proveniente de Cristo, la gran Fuente de Vida, al corazón de los pecadores. Él, quien se desplazaba por la faz de las aguas antes de que se dijeran las maravillosas palabras: “Sea la luz”, es el que se desplaza por el alma de los pecadores y les quita su oscuridad natural. ¡Ciertamente grande es el poder invisible del Espíritu Santo! Puede ablandar lo que es duro. Puede doblar aquello que es rígido y obstinado. Puede dar vista al espiritualmente ciego, oídos al espiritualmente sordo, lengua al que es espiritualmente mudo, pies al que es espiritualmente cojo, calor al que es espiritualmente frío, conocimiento al que es espiritualmente ignorante y vida al que está espiritualmente muerto. “¿Qué enseñador semejante a él?” (Job 36:22b). Ha enseñado a miles de pecadores ignorantes, y nunca ha fracasado en hacerles “sabios para salvación”. El Espíritu Santo vive, y por lo tanto la conversión *nunca* es imposible.

¿Qué puede decir usted ante todo esto? Afuera para siempre con la idea de que la conversión no es posible. Descártela; es una tentación del diablo. No se mire a sí mismo y a su propio débil corazón, porque entonces de seguro se dará por vencido. Mire hacia lo Alto, a Cristo y al Espíritu Santo y aprenda de ellos que nada es imposible. ¡Sí! ¡El tiempo de los milagros espirituales no ha pasado todavía! Las almas muertas en

nuestras congregaciones todavía pueden ser levantadas; los ojos ciegos todavía pueden recobrar la vista; las lenguas mudas carentes de oración pueden todavía ser enseñadas a orar. Nadie jamás debe darse por vencido. Cuando Cristo haya dejado el cielo y renunciado a su oficio de Salvador de pecadores —cuando el Espíritu Santo ha dejado de morar en los corazones y ya no es Dios— entonces, y no hasta entonces, pueden los hombres y mujeres decir: “No podemos convertirnos”. Hasta entonces, digo contundentemente: la conversión es algo posible. Si los hombres no se convierten es porque no vienen a Cristo para tener vida (Juan 5:40).
LA CONVERSIÓN ES UNA COSA POSIBLE.

QUIERO DEMOSTRARLE QUE LA CONVERSIÓN ES UNA COSA FELIZ. Hubiera escrito en vano si no hubiera tocado este punto. Hay miles, creo firmemente, que están listos para admitir la verdad de todo lo que he dicho hasta ahora. Están dispuestos a admitir que la conversión es bíblica, real, necesaria y posible. “Por supuesto”, dicen, “sabemos que todo esto es verdad. La gente debiera convertirse”. Pero, ¿convertirse aumentaría la felicidad del hombre? El hecho de convertirse, ¿le dará más alegrías al hombre y aliviará sus sufrimientos? Ay, aquí está un punto donde muchos se estancan. Tienen un temor secreto, latente, de que si se convierten, forzosamente serán melancólicos, infelices y deprimidos. La conversión y una cara agria, la conversión y un rostro sombrío, la conversión y una disposición negativa de despreciar a los jóvenes y toda alegría, la conversión y un semblante triste, la conversión y suspiros y quejidos: ¡todas estas son cosas que creen son parte de la conversión! ¡Con razón las personas que esto piensan rechazan la idea de convertirse!

El concepto que acabo de describir es muy común y muy malicioso. Quiero protestar contra él con todo mi corazón y alma y mente y fuerza. Aseguro sin vacilación que la conversión que la Biblia describe es una cosa feliz y no algo deprimente, y que si las personas convertidas no son felices, la culpa es de ellas. Es claro que la felicidad del verdadero cristiano no es igual a la del hombre mundano. Es una felicidad tranquila, firme, profunda y sustancial. No consta de excitación, frivolidad y una alegría ruidosa, con arranques de risa y carcajadas. Es el gozo sobrio y silencioso del que no olvida la muerte, el juicio, la eternidad y un mundo venidero, aun en sus momentos de mayor alegría. Pero de hecho, estoy seguro de que el hombre convertido es el hombre más feliz.

¿Qué dice la Biblia? ¿Cómo describe los sentimientos y la experiencia de las personas convertidas? ¿Da pie a la idea de que la conversión es algo triste y melancólico? Escuchemos lo que sintió Leví cuando había

dejado su ocupación para seguir a Cristo. Leemos que “le hizo gran banquete en su casa”, como corresponde a una ocasión alegre (Luc. 5:29). Escuchemos lo que sintió Zaqueo, el publicano, cuando Jesús se ofreció a ir a su casa. Leemos que “le recibió con gozo” (Luc. 19:6). Escuchemos lo que sintieron los samaritanos cuando se convirtieron por la predicación de Felipe. Leemos que “había gran gozo en aquella ciudad” (Hch. 8:8). Escuchemos lo que sintió el eunuco etíope el día de su conversión. Leemos que “siguió gozoso su camino” (Hch. 8:39). Escuchemos lo que sintió el carcelero de Filipo en la hora de su conversión. Leemos que “se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (Hch. 16:34). De hecho, el testimonio de las Escrituras en cuanto a este tema es siempre uno solo y el mismo. La conversión siempre se describe como causa de gozo y no de tristeza, de felicidad y no de desdicha.

La verdad lisa y llana acerca de la gente que habla mal de la conversión es que en realidad no saben nada de ella. Tildan a los hombres y mujeres convertidos de infortunados, porque los juzgan por su apariencia de calma, circunspección y tranquilidad, y nada saben de su paz interior. Olvidan que no son los que más se jactan de sus logros los que más logran, y no son los que más hablan de su felicidad los que en realidad son más felices.

El hombre convertido es feliz porque tiene paz con Dios Sus pecados son perdonados; su conciencia está libre del sentimiento de culpa: puede esperar la muerte, el juicio y la eternidad sin miedo. ¡Qué bendición inmensa es sentirse perdonado y libre! Es feliz porque encuentra orden en su corazón. Sus pasiones están controladas, sus afectos están bien encaminados. Todo en su hombre interior, por más débil y endeble que sea, está bien y sin confusión. ¡Qué bendición inmensa es el orden! Es feliz porque se siente independiente de las circunstancias. Venga lo que venga, recibe todo lo que necesita: la enfermedad y las pérdidas y la muerte nunca pueden tocar su tesoro en el cielo ni quitarle a Cristo. ¡Qué bendición sentirse independiente! Es feliz porque se siente preparado. Pase lo que le pase está preparado. Lo principal está solucionado, la gran preocupación de la vida está arreglada. ¡Qué felicidad sentirse preparado! Estas son ciertamente verdaderas fuentes de felicidad. Son fuentes totalmente cerradas y selladas para el inconverso. Sin el perdón de pecados, sin la esperanza del mundo venidero, dependiendo solo de este mundo, sin preparación para encontrarse con Dios, nadie puede ser realmente feliz. *La conversión es una parte esencial de la verdadera felicidad.*

Acepte hoy en su mente que el amigo que lucha por su conversión a Dios es el mejor amigo que tiene. Es un amigo no solo para la vida

venidera, sino para la vida actual también. Es un amigo para su tranquilidad presente al igual que para su futura liberación del infierno. Es un amigo para el tiempo al igual que para la eternidad. LA CONVERSIÓN ES UNA COSA FELIZ.

QUIERO DEMOSTRARLE QUE LA CONVERSIÓN ES UNA COSA QUE ES EVIDENTE. Esto es parte de mi tema que nunca puedo pasar por alto. Bueno hubiera sido para la iglesia y el mundo en todas las edades, si esto hubiera recibido más atención. Miles han rechazado con disgusto la religión por la malignidad de los que la profesan. Cientos han sido causa de que la propia palabra conversión apestara por la vida que algunos viven después de declararse convertidos. Estos han creído que unas pocas sensaciones y convicciones ocasionales eran la auténtica gracia de Dios. Se han imaginado convertidos porque sus sentimientos carnales fueron estimulados. Se han llamado “conversos” sin el más mínimo derecho a ese nombre tan honroso. Todo esto ha causado un daño inmenso, y lo sigue causando en la actualidad. Estos tiempos demandan una declaración muy clara del gran principio de que una conversión verdadera es algo que siempre se puede ver.

Reconozco sin reservas que la manera como obra el Espíritu es invisible. Es como el viento. Es como el poder de atracción del imán. Es como la influencia de la luna sobre las mareas. Hay algo allí que sobrepasa el alcance de la vista o la comprensión humana. Pero aunque admito esto sin vacilación, también mantengo sin vacilación que los efectos de la obra del Espíritu en la conversión siempre serán evidentes. Estos efectos pueden ser débiles y endebles al principio, quizá al hombre natural apenas le sean visibles y le son incomprensibles. Pero efectos siempre habrá, donde ha habido una conversión auténtica siempre se verá algún fruto. Donde no se ve ningún efecto, *puede estar seguro que allí no hubo gracia*. Donde es imposible encontrar un fruto visible, *puede estar seguro que allí no hubo conversión*.

¿Pregunta alguien qué podemos esperar ver en una conversión auténtica? Respondo que siempre se verá algo en el carácter, los sentimientos, la conducta, las opiniones y el diario vivir de la persona convertida. No verá en él la perfección, pero verá en él algo peculiar, distintivo y diferente de otras personas. Lo verá aborreciendo el pecado, amando a Cristo, procurando la santidad, disfrutando de su Biblia y perseverando en oración. Lo verá arrepentido, humilde, con fe, sobrio, caritativo, veraz, de buen humor, paciente, recto, honorable y bondadoso. Esto, por lo menos, será su meta, estas son las cosas que procurará alcanzar, no importa lo lejos que esté de la perfección. En algunos convertidos, se pueden ver estas cosas más claramente; en otros, menos.

Solo digo esto: dondequiera que haya conversión, habrá evidencias de este tipo.

No quiero saber nada de una conversión que no tiene señales ni evidencias para mostrar. Siempre diré: “Muéstreme algunas señales si quiere que crea que usted se ha convertido. Muéstreme su conversión sin ninguna señal, ¡si es que puede! No creo en ella. No vale nada”. Puede llamar legalista a tal doctrina, si quiere. Es mucho mejor ser llamado legalista que ser antinómico¹. *Nunca, jamás aceptaré que el Espíritu bendito pueda morar en el corazón de un hombre cuando no se ven frutos del Espíritu en su vida.* Una conversión que deja que un hombre viva en pecado, que mienta, que beba y diga malas palabras no es una conversión bíblica. Es una conversión falsa, que puede agradar solo al diablo y llevará al hombre que se satisface con ella, no al cielo, sino al infierno.

Deje que este último punto entre hasta el fondo de su corazón para nunca ser olvidado. La conversión no es solo una cosa bíblica, una cosa necesaria, una cosa posible y una cosa feliz. Le queda una grandiosa característica más: es UNA COSA QUE SIEMPRE SERÁ EVIDENTE.

Ahora permítame ir terminando este artículo con algunas apelaciones directas a la conciencia de todos los que lo leen...

(1) *En primer lugar, insto a cada lector de este artículo que determine si se ha convertido.* No le estoy preguntando acerca de otras personas. El pagano sin duda necesita convertirse. Los desdichados presos en las cárceles y los reformatorios necesitan convertirse. Puede haber gente que vive cerca de su propia casa que son pecadores e incrédulos declarados, y necesitan convertirse. Esto no es lo que estoy preguntando aquí. Pregunto: ¿Usted mismo se ha convertido?

¿Se ha convertido? Decirme que muchos son hipócritas y falsos profesos no es darme una respuesta. No entra en discusión el que me diga que hay muchas campañas falsas de evangelización y conversiones que son una burla. Todo esto puede ser muy cierto, pero el abuso de una cosa no destruye el uso de ella. La circulación de dinero falso no es razón para no usar dinero legítimo. Sean los otros lo que sean, la cuestión es: Usted ¿se ha convertido?

¿Se ha convertido? Decirme que usted va a la iglesia o a la capilla y ha sido bautizado y que participa de la Cena del Señor no es darme una respuesta. Todo esto no es prueba de nada: yo podría decir lo mismo de Judas Iscariote, Demas, Simón el Mago, Ananías y Safira. La pregunta

¹ **antinómico** – de la palabra griega anti: contra, y nomos: ley, antinómico significa básicamente “contra la ley”. Por lo general significa que uno sigue el concepto teológico de que la Ley de Dios no se aplica a la vida de un creyente.

aún queda sin contestar. ¿Ha cambiado su corazón? ¿Realmente se ha convertido a Dios?

(2) *En segundo lugar, insto a cada lector de este artículo que no se ha convertido, que no descanse hasta convertirse.* Apresúrese: despierte para percibir su peligro. Corra para salvar su vida, huya de la ira que vendrá. El tiempo es breve, la eternidad está cerca. La vida es incierta, el juicio es seguro. Levántese y clame a Dios. El Trono de Gracia todavía está en pie... Las promesas del evangelio son extensas, amplias, plenas y gratuitas. Hágalas suyas este día. Arrepiéntase y crea al evangelio. Arrepiéntase y conviértase. No descanse, no descanse, no descanse hasta saber y sentir que es usted un hombre convertido.

(3) *En último lugar, ofrezco una palabra de exhortación a cada lector que tiene razón para creer que ha pasado por ese cambio bendito del cual he estado hablando en este artículo.* Usted puede recordar el tiempo cuando era lo que no es ahora. Puede recordar un tiempo en su vida cuando las cosas viejas pasaron y todas fueron hechas nuevas. A usted también tengo algo que decirle. Acepte una palabra de cariñoso consejo, y tómela en serio.

(a) *¿Cree usted que se ha convertido?* Entonces, por sobre todas las cosas, asegúrese de que su llamado y conversión sean incuestionable. No deje sin resolver ninguna cosa que tenga que ver con su alma inmortal. Esfuércese por tener un testimonio del Espíritu con su espíritu, de que es un hijo de Dios. Se puede tener seguridad en este mundo, y la seguridad es algo que vale la pena buscar. Es bueno tener esperanza, es mucho mejor tener seguridad.

(b) *¿Cree usted que se ha convertido?* Entonces no espere imposibilidades en esta vida. No suponga que llegará el día cuando no encuentre ningún punto débil en su corazón, ni divagaciones en sus oraciones en privado, ni distracciones de su lectura bíblica, ningún deseo insensible en la adoración pública a Dios, ninguna carne que lo mortifique, ningún demonio que lo tienta, ninguna trampa mundana para hacerlo caer. No espere nada de esto. ¡La conversión no es perfección! ¡La conversión no es el cielo!... el mundo que lo rodea está lleno de peligro; el diablo no está muerto. Recuerde que aun en el mejor de los casos un pecador convertido es todavía un pobre y débil pecador que necesita a Cristo cada día. Recuerde esto, y no se decepcionará.

(c) *¿Cree usted que se ha convertido?* Entonces esfuércese y anhele crecer en la gracia cada año que vive. No mire hacia el pasado. No se contente con experiencias del pasado, gracia del pasado, logros del pasado en la religión. Ruegue al Señor que siga más y más la obra de conversión en su alma y que profundice sus convicciones espirituales. Lea su Biblia con más cuidado cada año. Ocúpese de sus oraciones con más celo cada año.

Cuidado con el letargo y la pereza en su religión. Hay una gran diferencia entre las formas más bajas y las más altas en la escuela de Cristo. Esfuércese por avanzar en conocimiento, fe, amor, caridad y paciencia. Que su lema sea todos los años: “¡Avanzando, Hacia adelante, Hacia arriba!”, hasta la última hora de su vida.

(d) *¿Cree usted que se ha convertido?* Entonces demuestre el valor que le da a la conversión con su diligencia en tratar de hacerle bien a otros. *¿Realmente cree usted que es terrible ser un inconverso?* *¿Realmente cree usted que la conversión es una bendición indescriptible?* Entonces demuéstrelo, demuéstrelo, demuéstrelo por su celo en sus esfuerzos por promover la conversión de otros. Mire alrededor del vecindario donde vive. Tenga compasión por las multitudes todavía inconversas. No se contente con lograr que asistan a la iglesia o a la capilla, sea su meta su total conversión a Dios. Hable con ellas, léales, ore por ellas, anime a otros para que las ayuden. ¡Pero nunca, nunca, si usted se ha convertido, nunca se conforme con ir al cielo solo!

Condensado de “Conversion” en *Old Paths* (Sendas antiguas) por J. C. Ryle. El artículo completo en forma de un pequeño folleto está disponible de Chapel Library.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana. Venerado autor de *Holiness* (Santidad), *Knots Untied* (Nudos desatados), *Old Paths* (Sendas antiguas), *Expository Thoughts on the Gospels* (Pensamientos expositivos de los Evangelios) y muchos otros. Nació en Macclesfield, Condado de Cheshire, Inglaterra.

